

TERCERA PARTE

SUBPERSONALIDADES
Y CONFLICTOS
PSICOLÓGICOS

Una personalidad es una nutrida reunión de oradores y de grupos de presión, de niños, demagogos, Maquia velos... Césares y Cristos...

Henry A. Murray

La reunión interior

En su libro *What We May Be* [Lo que podemos ser], Piero Ferrucci escribe que «cada uno de nosotros es una multitud». El psicólogo humanista inglés John Rowan habló una vez de una sociedad interna compuesta por las diferentes personas que hay dentro de nosotros. El poeta portugués Fernando Pessoa expresa: «En cada rincón de mi alma hay un altar a un dios diferente.» Estas citas expresan la misma idea, a saber, que una persona consiste en una multiplicidad de seres internos. Exhibimos un tipo de comportamiento en el trabajo, otro en casa, uno diferente en las reuniones sociales, y uno más cuando paseamos solos por el campo. Y es muy frecuente que nos deslicemos de una a otra de nuestras diferentes identidades sin darnos demasiada cuenta de lo que hacemos.

Para decirlo sencillamente, todos tenemos partes diferentes. Es probable que una de ellas quiera una cosa, y otra algo distinto. Cada una de esas partes diferentes -a las que llamamos subpersonalidades- puede tener su propia manera de andar, su propia manera de hablar, su propia postura corporal, una voluntad específica, y necesidades e impulsos propios. Las subpersonalidades son «satélites psicológicos» que coexisten en el seno de la personalidad.

Es obvio que este concepto se relaciona muy bien con la carta natal, porque también los diversos planetas y signos representan diferentes partes o fragmentos de nosotros. Se puede mirar una carta y preguntarse qué apariencia tiene tal o cual emplazamiento, qué es lo que quiere, y cómo se presenta. Por ejemplo, fíjense en la carta 6, que se reproduce en la página 178. Digamos que es la carta de Kathy. ¿Qué apariencia puede dar a Kathy su Venus en ascenso en Virgo? ¿Cuál es su forma de abordar a la gente? ¿Qué necesita o qué le gusta?

Oyente.- Le gusta parecer pulcra, cuidadosa y eficiente. Es probable que sea cautelosa y reservada.

Howard. Sí, así es una parte de ella, y puede ser que esa parte se lleve bien con otras, o puede que no. Venus en Virgo es uno de los instrumentos

de su orquesta, pero, ¿qué pasa con ese Urano en la casa diez? ¿Qué puede gustarle o qué necesita? ¿Quiere lo mismo que quiere Venus en el ascendente?

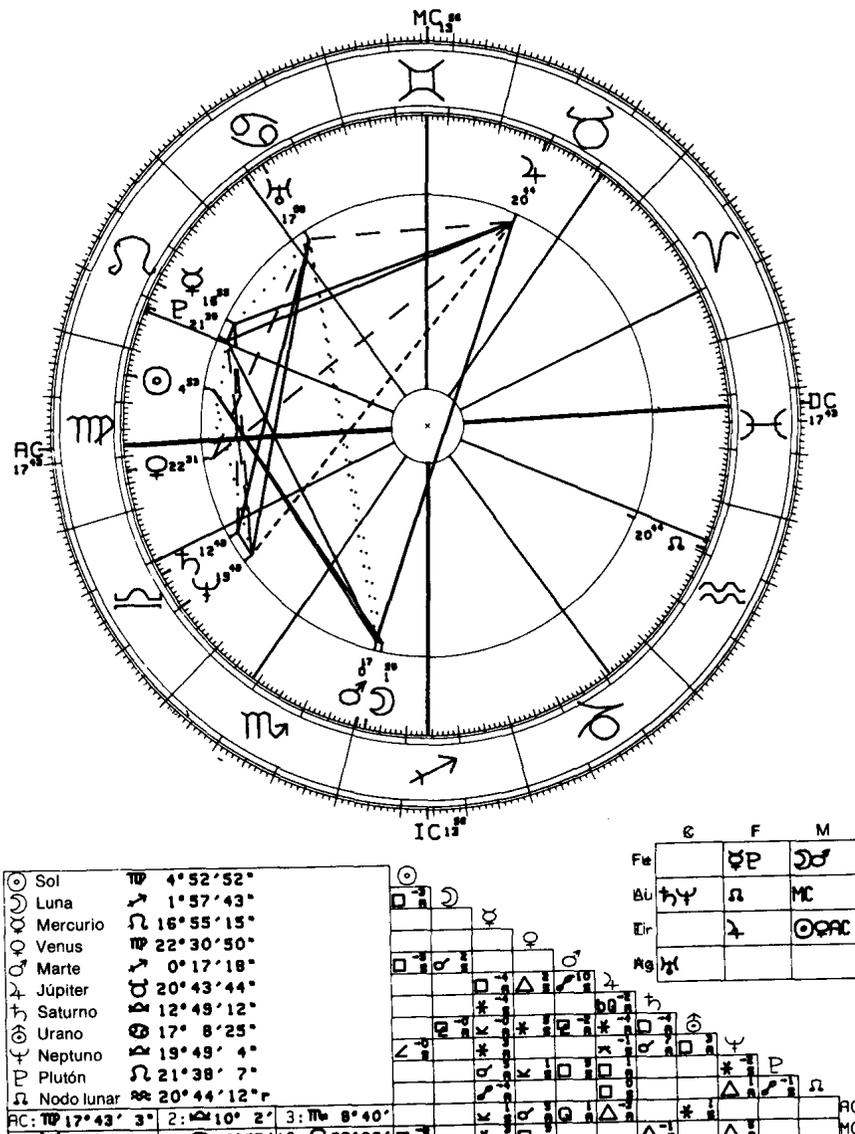
Oyente: Venus quiere gustar, quiere complacer y armonizar. A Urano en la décima casa eso no le interesa demasiado.

Howard: ¡En efecto! De modo que ya vamos entendiendo un poco las diferentes partes de Kathy, esos fragmentos de ella. Es fácil adaptar el concepto de subpersonalidad al análisis de cartas astrológicas, y ya verán luego cómo las configuraciones de subpersonalidades se estructuran en torno de diversos emplazamientos planetarios o emplazamientos por signos, del Sol, la Luna y el ascendente, etcétera. Pero ya llegaremos a todo esto.

Conceptos afines

Permítanme que por un momento me ponga en intelectual y dé rienda suelta a mi subpersonalidad de «Pequeño Profesor». Les daré una definición sencilla y formal de lo que son las subpersonalidades. Son «pautas de sentimientos, pensamientos, comportamientos, percepciones, posturas y maneras de moverse que tienden a fundirse en respuesta a diversas situaciones recurrentes en la vida».

El concepto de que somos una multitud no es nuevo. El análisis transaccional define, en todos nosotros, un padre, un adulto y un niño. A veces reaccionamos desde nuestro Padre, a veces desde nuestro Niño. En la terapia gestáltica se habla del «perro de arriba» y del «perro de abajo». Cuando el «perro de arriba» dice: «Tienes que ponerte a dieta», el «perro de abajo» replica: «Pero no puedo dejar de comer chocolate.» El filósofo Gurdjieff señaló cómo una parte de nosotros puede decidir que se levantará temprano a la mañana siguiente, pero otra se desinteresa de todo el asunto. Jung hablaba indirectamente de subpersonalidades cuando se refería a los complejos. Un hombre puede estar dominado por su complejo materno. Puede estar viviendo una relación con una mujer, y empezar luego a verla «desde» su complejo materno. Así pues, no ve la situación en forma clara y objetiva, sino a través de la lente deformante de un complejo. O bien uno puede estar dominado por su complejo de inferioridad e interpretar la vida desde ese punto de vista. O una mujer puede encontrarse dominada por su *animus*, y entonces decimos que está movida por el *animus*. También un hombre puede llegar a estar dominado por su *anima*, es decir, por su parte «femenina», o puede ser la sombra la que se movilice. Todos éstos son fragmentos o partes semiautónomas de la psique, que ocupan el primer plano y actúan independientemente de la realidad objetiva de una situación.



Carta 6. Kathy. No se dan los datos del nacimiento por razones de intimidad. Carta calculada por Astrodienst, con el sistema de casas de Plácido.

Los psicólogos clínicos y los psicoterapeutas están familiarizados con la idea de las subpersonalidades. La psicología académica, en cambio, no. John Rowan comenta haber dedicado un día entero al infructuoso intento de encontrar alguna referencia a las subpersonalidades en los índices de diversos textos académicos de psicología. Claro que existen menciones de algunos casos extremos de disociación de la personalidad, como *Sybil* o *The Three Faces of Eve* [Los tres rostros de Eva], pero son excepcionales. Las subpersonalidades no son, necesariamente, disociaciones tan poderosas. Las gentes que consideramos «normales» tienen diferentes subpersonalidades, que exhiben y con las cuales se identifican.

Para identificar las subpersonalidades

Muchas veces es útil dar nombre a las subpersonalidades: la bruja, la arpía, el idealista, el niño herido, el crítico y muchas más. Bautizar a una subpersonalidad es una manera de identificarla y de trabajar con ella. Cada subpersonalidad tendrá sus propias anécdotas, su propia mitología y su propia historia. A algunas se las reconoce con más facilidad que a otras. Pueden ir y venir; aparecen subpersonalidades nuevas, que después se convierten en otras. Recuerden también un punto de orden general: es probable que un rol que desempeñamos en la vida se relacione con más de una subpersonalidad. No hay que confundir el concepto de subpersonalidad con el de rol. Los roles son más amplios. Un hombre de negocios puede tomar materiales de diversas subpersonalidades para estructurar su rol de hombre de negocios. Puede recurrir a su subpersonalidad de «luchador» y también a la de «pragmático». Y aunque esa misma persona pueda tener una subpersonalidad «mística» muy fuerte, es probable que opte por no ponerla en juego en sus negocios. Imagínense lo que ocurriría si al negociar un contrato importante dijera: «Bueno, de todas maneras no tiene importancia, hombre, si todos somos uno.» O si en ese momento, su subpersonalidad mística le recomendará una actitud de sacrificio y renunciamento. Esto excluye, por cierto, la probabilidad de que existan místicos eficientes, u hombres de negocios místicos.

El núcleo arquetípico

Todas las subpersonalidades tienen como núcleo un arquetipo. Es muy importante recordarlo. (De modo similar, Jung escribió que todos los complejos tienen un núcleo arquetípico; por ejemplo, el núcleo del complejo materno es el arquetipo materno.) En lo más profundo de una subpersonalidad -como aquello que le da origen y la construye- se encuentra un impulso, una necesidad o un principio de orden arquetípico. Un principio determinado, para cumplirse, atraerá hacia sí diferentes elementos de personalidad o diferentes maneras de ser. Es el centro arquetípico de una subpersonalidad lo que mantiene unidos los diversos elementos de personalidad que permiten que la subpersonalidad se exprese. Quisiera darles un ejemplo que lo aclare. Durante cierto tiempo trabajé con una mujer que tenía a Marte en conjunción con Urano en Cáncer en el ascendente, en sextil con Saturno en Virgo. Tenía una subpersonalidad, a la que ella llamaba «Ros», edificada en torno de este emplazamiento. La nativa era asistente social, y Ros afloraba cuando tenía que hacer trabajos comunitarios que le exigían encontrarse y negociar con abogados influyentes en el centro de asesoramiento jurídico o donde fuese. «Entonces me convertía en Ros», me dijo, y me dio una descripción de Ros. Ésta llegaba a la entrevista en su coche, un Morris Minor, se bajaba de él con todo aplomo y se encaminaba decididamente al lugar de reunión. Llevaba un pañuelo al cuello, una chaqueta blanca, pantalones impecablemente planchados y un maletín. Y estaba decidida a conseguir que las cosas se hicieran (Marte en conjunción con Urano en sextil con Saturno). ¿Cuál era el núcleo de Ros, aquello que la inducía a vestir con ese pañuelo y esos pantalones, a caminar así y a conducirse de esa manera? El núcleo era el arquetipo o principio de la efectividad y la eficacia. Ese principio central o arquetípico reunía en torno de sí los diversos elementos de su mente, su cuerpo y sus sentimientos que podían servir de base al surgimiento de la efectividad y la eficacia.

Dicho de otra manera, una subpersonalidad es una síntesis de diversos rasgos y de otros elementos psicológicos. Una subpersonalidad tiene impulsos, sentimientos, emociones, y también un porte y una manera de caminar que le son propios. Pero para que pueda darse una síntesis tal de diferentes partes de la personalidad, tiene que haber un centro en torno del cual se organice esta síntesis. En una subpersonalidad, este centro es un impulso interior que pugna por expresarse. Este impulso central íntimo tiene el poder de atraer y de mantener unido todo aquello que necesita para crear esa entidad viviente que es la subpersonalidad.

La misma mujer de quien Ros era una subpersonalidad tenía también otra a la que llamaba «la plasta» (tenía además a Marte en cuadratura con Neptuno). Después de algunos años de ser Ros, pasó a ser la plasta. También me la describió: con la camisa desaliñada y suelta, excedida de peso, se convirtió en algo flojo e indefinido. Se «aplastó» y «emplastó»: uno de los rostros de Neptuno. Pero, ¿cuál era el núcleo de la plasta? ¿Cuál era su esencia? Por más que pareciera y se sintiera desagradable, en su núcleo estaba la necesidad de relajarse, de disolverse, de dejarse ir, de fluir... de «ser», por oposición a «hacer». La plasta estaba relacionada con el hecho de no ser tan directa y decidida; se relacionaba más con las necesidades del *anima*. De modo que aunque la plasta se mostrase un poco deformada y extrema, en su núcleo había algo que esta mujer necesitaba hacer para realizarse y equilibrar mejor la parte del *animus*. Le propuse que se imaginara que en una mano sostenía a Ros y en la otra a la plasta, para ver si podía percibir la diferencia entre las dos. Las subpersonalidades tienen pesos diferentes y una especie de palpabilidad diferente, que uno puede efectivamente sentir si se las imagina sostenidas en ambas manos. La gente que trabaja en Programación Neurolingüística lleva esto un paso más lejos, valiéndose de una «técnica de fusión visual», en la que uno se imagina que tiene una subpersonalidad en una mano, y en la otra una que está en conflicto con la primera. Después se aproximan lentamente las manos y se las funde suavemente una en otra. La idea es que de esta manera se tiene la sensación de la síntesis o combinación de ambas. La técnica le da a uno una vivencia de cómo podrían unirse o combinarse las dos, siempre y cuando, claro está, no las aplaste a ambas en el proceso.

Los planetas, los signos y las subpersonalidades

Los planetas y los signos representan impulsos y principios arquetípicos. Las subpersonalidades se construyen en torno de ellos, de modo que en la carta se puede ver cómo aquéllas se articulan alrededor de los diversos signos y emplazamientos planetarios. Ian Gordon-Brown, uno de los cofundadores del Centro de Psicología Transpersonal, se quedó muy impresionado por esto, como se ve por sus palabras:

... Mi colega Barbara Somers y yo dirigimos un taller de psicología transpersonal para un grupo de astrólogos. Hicimos los ejercicios habituales, basados en imágenes, para ayudar al grupo a que identificara sus subpersonalidades. Nos quedamos fascinados al descubrir que en

un número significativo de casos las estructuras de subpersonalidad que emergieron parecían representar o simbolizar algunas de las configuraciones claves en la carta natal... Aquí hay cabida para un importante y fructífero trabajo de investigación, del cual se beneficiarían tanto la astrología como la psicología. Quiero insistir en que los ejercicios que hicieron aflorar el material relacionado con la subpersonalidad no tenían nada que ver con la astrología. Los psicólogos hicieron ejercicios para localizar las subpersonalidades, y los astrólogos pronto establecieron la relación: «Mire, eso es Urano en el ascendente», o «Es la Luna en cuadratura con Saturno».

Vamos a jugar un poco con esta idea. ¿Qué tipo de subpersonalidades podrían formarse en torno de Marte en conjunción con Júpiter en Aries en el ascendente o en el medio cielo? Si Marte en conjunción con Júpiter en Aries fuese el núcleo arquetípico de una subpersonalidad determinada, ¿qué elementos de personalidad atraería? ¿Cómo andana, hablaría, sentiría e iría en pos de las cosas? ¿Qué se les ocurre?

Oyente: Como una especie de dios guerrero.

Howard: Sí, yo también he pensado en un guerrero, alguien que necesita algo por lo cual luchar.

Oyente: El caballero. Alguien que lucha por una causa.

Howard: ¿Qué porte tendría esta subpersonalidad?

Oyente: Orgullosa... erguida, pero ligeramente inclinado hacia adelante, como si estuviera listo para atacar. Con una fluencia de la energía hacia arriba y hacia afuera.

Howard: Excelente, ya van entendiendo a qué me refiero. ¿Qué clase de subpersonalidad podría formarse en torno del Sol en Capricornio en trígono con Saturno en Virgo? ¿Qué imágenes se les ocurren?

Oyente: Alguien con mucha estabilidad.

Oyente: Alguien con mucha rigidez.

Howard: Esto es muy interesante. Tenemos aquí dos comentarios: una subpersonalidad que refleja la estabilidad como su núcleo, y otra que aparece como rígida. Un arquetipo puede expresarse en muchos

niveles diferentes. El principio arquetípico de la tierra o de Saturno puede manifestarse como estabilidad o como rigidez, o como una combinación de ambas. Es decir que el Sol en Capricornio en trígono con Saturno en Virgo podría dar origen a una subpersonalidad ordenada y eficiente, económica y no muy pródiga en movimientos. Pero, por otra parte, podría ser una subpersonalidad tensa, rígida y muy anal, como el estereotipo del director de una escuela muy estricta. Ahora establezcan mentalmente una comparación entre esto y una subpersonalidad que se estructure alrededor del Sol en conjunción con Urano en Géminis en el ascendente. ¿Cómo sería y qué aspecto tendría?

Oyente: Podría ser una subpersonalidad rebelde, alguien con un temperamento vivo e inventivo, o bien irregular y voluble.

Howard: Eso es. Comparen la forma en que podría presentarse esta subpersonalidad, el porte que tendría, con las características de la que hemos mencionado antes (el Sol en Capricornio en trígono con Saturno en Virgo). Tómense un momento para imaginárselo y percibir corporalmente la diferencia.

En realidad, hoy no estamos haciendo nada diferente; sólo estamos interpretando emplazamientos en la carta. Pero quiero enriquecer esa interpretación animándolos a que vean cómo una configuración planetaria da origen, dentro de ustedes, a cierto tipo de persona. Todas las configuraciones diferentes que hay en la carta generan dentro de nosotros un grupo entero. Y como pasa con cualquier grupo, es probable que algunos de sus diversos componentes no se entiendan bien. Por eso es necesario que trabemos amistad con los diferentes miembros del grupo, y que les ayudemos a relacionarse mejor entre sí. Si un miembro del grupo de uno es de trato especialmente difícil, es probable que sea necesario pasar más tiempo con él, para que esa parte pueda quedar mejor integrada en la personalidad global.

Cómo reconocer las subpersonalidades

Parte del trabajo de hoy es empírico, y quiero que hagamos un ejercicio guiado para que puedan profundizar su comprensión de las subpersonalidades. Cuanto más consoliden este concepto al estudiar sus propias subpersonalidades, más capaces serán de utilizar este

marco de referencia teórico en las lecturas que hagan de su propia carta o de la de un consultante.

Antes de comenzar, me gustaría decir algo sobre los ejercicios que haremos hoy. La mayoría de los integrantes del grupo están familiarizados con las técnicas de fantasía guiada como forma de exploración de la psique. Algunas fantasías guiadas pueden ser muy poderosas, y llegan a remover sentimientos muy profundos, pero las que he escogido para hoy son muy suaves. Este es un grupo de aprendizaje, no un grupo terapéutico, y el propósito de los ejercicios es ayudarles a aprender más sobre el concepto de subpersonalidades en relación con la carta natal. Si al hacer estos ejercicios sienten que empieza a aflorar algo desagradable, les sugiero que se limiten a salir de la situación abriendo los ojos y, si quieren, escriban algo sobre lo que estaban viviendo. Les ruego también que se sientan en libertad de hablar de esas experiencias conmigo, ya sea en el grupo o, si lo prefieren, durante alguna de las pausas. Muchos de ustedes están llevando a cabo alguna forma de terapia personal, de modo que si en alguno de los ejercicios de hoy apareciera algo importante, confío en que lleven ese material a sus propias sesiones terapéuticas. Como ustedes ya saben, uno de los requisitos para nuestro curso de tres años de formación es que hagan por lo menos un año de terapia. Lo imponemos como una regla porque creemos que si tienen ustedes la intención de trabajar como psicoastrólogos (o astro-psicólogos), y profundizar en el psiquismo de otras personas, es mejor que tengan una idea bien clara de qué es lo que pasa en el suyo propio.

En seminarios anteriores, algunos me han preguntado si pueden o deben hacer este tipo de ejercicios con sus clientes de astrología. Vamos a aclararlo ahora mismo, en relación con los ejercicios de subpersonalidad. A quien esté trabajando como astrólogo sin más propósito que hacer una sesión con la carta de cada cliente, le recomiendo enfáticamente que *no* use con ellos la fantasía guiada. Si se le planteara alguna situación difícil, el cliente podría quedarse atascado en ella. Es decir que en una sesión aislada, yo me guardaría de usar este tipo de técnicas. Sin embargo, no veo razón para que, incluso en una sesión aislada, no puedan iniciar a sus clientes en el *concepto* de las subpersonalidades, es decir, explicarles la teoría y analizar el tipo de subpersonalidades que sugiere la carta, sin llevarlos necesariamente a un ejercicio en que apliquen la técnica de la fantasía guiada. Como dije antes, por lo general la gente capta muy rápidamente este concepto, y es una manera eficaz de destacar el tipo de paradojas y dilemas internos que todos experimentamos entre las diversas influencias e impulsos conflictivos que dentro de nosotros se disputan la prioridad.

Si están trabajando de manera continuada con sus clientes, es decir, viéndolos semanalmente o con cierta regularidad, entonces se supone que tienen la formación -o la supervisión- psicológica necesaria para incorporar constructivamente las técnicas de fantasía guiada a su trabajo, y para enfrentarse con cualquier problema que pueda plantearles este tipo de ejercicios. De hecho, no deben trabajar en forma continuada con los clientes a menos que hayan completado una formación psicológica o astrológica que los capacite para hacerlo en forma competente, o hasta que hayan sido autorizados a hacerlo por sus supervisores. Espero que esto quede bien claro: bajo ningún concepto se puede tolerar hacer un uso irresponsable de estas técnicas. Y ahora, empecemos con el ejercicio.

1) Cierren los ojos y tómense un minuto para relajarse, aflojando cualquier exceso de tensiones corporales con la respiración.

2) Ahora escojan algún emplazamiento planetario en su carta. Puede ser Venus en Virgo, o Marte en Sagitario, o Leo en el ascendente, o cualquier otro. No elijan más que un emplazamiento.

3) Ahora, estén atentos a la parte de ustedes que se refleja en este emplazamiento. Dejen emerger una imagen que lo represente; la imagen puede ser una mujer, un hombre, un animal, un objeto o lo que sea. Dejen simplemente que aparezca, como si estuvieran mirando una pantalla sin saber lo que va a salir en ella.

4) Una vez que tengan la imagen, denle ocasión de que se concrete más, sin juzgarla ni interferir en ella. Déjenla que haga lo que ella quiera hacer.

5) Establezcan contacto con la sensación general que emane de ella. Si la imagen quiere hablar, déjenla que hable. Denle espacio. Descubran qué es lo que necesita, entablen conversación con ella. Es una de sus subpersonalidades, y tiene vida, empuje, deseos y necesidades. Les daré unos minutos para estar con ella.

6) Bueno, ahora tómense medio minuto para abrir lentamente los ojos y volver al lugar donde estamos. Tomen algunas notas sobre lo que sucedió y, si es posible, den nombre a esa subpersonalidad. Escriban algo sobre sus hábitos, sus rasgos, sus idiosincrasias.

Ahora, sepárense por parejas y analicen, de a dos, lo que les sucedió durante el ejercicio. Es bueno que lo hablen para poder enfocarlo

con más claridad. Y a mí, por curiosidad, me gustaría saber cómo les ha ido con el ejercicio. ¿Alguien quiere hablarnos a todos de ello?

Oyente: Yo tomé mi Luna en Cáncer, que está también en cuadratura con Neptuno en Libra. No es sorprendente, pero la imagen que se me ocurrió fue la de un gran cangrejo que viene desde las profundidades, donde hay mucha agua. Las pinzas son peligrosas, y el cangrejo quiere aferrarse, y no soltar. Tiene un caudal de energía primitiva y creativa, y disfruta de ella, pero quiere seguir siendo incivilizado e informe.

Howard: Si la imagen que usted tuvo proviene del reino animal más primitivo, podría aludir a una parte suya que todavía está en sombras. Quizá sea una parte sobre la que no ha trabajado lo suficiente, o a la que no ha prestado una atención consciente. Ahora que tiene su cangrejo, tómesese tiempo para hablar con él y averiguar más sobre lo que se propone. Observe en qué situaciones aparece.

Oyente: Yo trabajé sobre mi Sol en Virgo, y me encontré con algo que llamé «el Hurón Manitas».

Howard: Hay muchos animales aquí en este cuarto.

Oyente: El Hurón Manitas tiene que averiguarlo todo y encontrarle sentido a todo. Y cuando lo ha encontrado todo, entonces puede arreglarlo. Quiere saberlo todo para poder organizarlo y controlarlo. También tengo a Géminis en el ascendente. Tal vez esta subpersonalidad nazca de la combinación del Sol en Virgo y Géminis en el ascendente, ya que los dos son signos mercurianos.

Howard: Sí, Géminis es el conocimiento por el conocimiento mismo. Le gusta saber un poquito sobre un montón de cosas diferentes. Virgo adquiere conocimientos para poder darles un uso práctico. Virgo tiende a profundizar más en menos cosas. Abraham Maslow escribió una vez que el conocimiento sirve para darnos seguridad. Si estamos al tanto de algo, si entendemos cómo funciona, si podemos rotularlo y clasificarlo, entonces nos da menos miedo. La gente solía adorar aquello que le inspiraba miedo; ahora se lo hace objeto de investigación científica. Y después de estudiarlo, intentan dominarlo. El núcleo arquetípico de su pequeño hurón lo forman la sabiduría y la inteligencia.

¿Alguien tuvo problemas con la fantasía? Si no pudieron tener una imagen para el emplazamiento con que trabajaron, no se preocupen. Simplemente, piensen en ese emplazamiento y traten de entender qué subpersonalidad, dentro de ustedes, puede estar relacionada con él. En este caso no tienen que trabajar con imágenes; dejen que sea la mente la que haga la exploración. Más tarde volveremos sobre este tipo de trabajo vivencial.

Con el tiempo he llegado a tener una fe total en la carta. A veces tengo ante mí a una persona que me da una determinada impresión, y en la carta hay algo que no concuerda con eso. En esos casos le doy crédito a la carta, no a la persona. Me he encontrado demasiadas veces con que la carta muestra algo más verdadero que lo que trataba de mostrarle la persona. La carta es útil como instrumento de diagnóstico si se trata de evaluar subpersonalidades que, incluso para la persona, permanecen ocultas. Además, nos ayuda a llegar al núcleo arquetípico de las subpersonalidades, porque en ellas se ven los planetas y signos que están en juego, pero hay otras maneras de profundizar y sacar a la luz las subpersonalidades. Pueden recurrir a una técnica que yo llamo «la reseña nocturna». Todas las noches, antes de ir a acostarse, después de haberse cepillado los dientes y siempre que no tengan otras cosas que hacer, pasen revista mentalmente a los acontecimientos del día, como si rebobinaran un vídeo. Mientras lo hacen, límitense a ser testigos u observadores de esos acontecimientos que van pasando por su mente. Háganlo de manera objetiva y con desapego, sin juzgarlos. Prueben a hacerlo todas las noches durante algunas semanas, y empezarán a advertir que tienen ciertas maneras bien definidas de enfrentar diferentes situaciones, o que diferentes situaciones les provocan ciertos tipos de respuestas. Entonces podrán comenzar a formarse una idea clara de sus subpersonalidades.

También pueden preguntarse con qué caras diferentes se muestran ante el mundo en diversas circunstancias. Encontrarán las claves si consideran los diferentes roles que desempeñan en la vida. ¿Cómo es cada uno de ustedes con diferentes tipos de personas? ¿Con las figuras de autoridad, con la gente joven, con su esposa o con la gente que está a sus órdenes en la oficina? ¿Qué es lo que emana de ustedes en casa, en situaciones de ocio, en el trabajo?

Una vez que distingan una subpersonalidad pueden darle nombre, y después hacer una descripción general de ella, como si fuera un personaje. Investiguen lo que necesita, lo que desea, y si es posible hagan un dibujo de ella. Observen en qué circunstancias aflora a la superficie. Presten atención a sus puntos fuertes y débiles, y a la forma en que interactúa con otras subpersonalidades.

Oyente: ¿Cuántas subpersonalidades tiene una persona?

Howard: En 1974, John Rowan hizo un trabajo sobre subpersonalidades,⁶ y dijo que algunas personas tenían hasta dieciocho. Sin embargo, él cree que lo normal es de cuatro a ocho. Si hay más, eso lleva a una repetición, o a que varias sean, en realidad, diferentes facetas de una sola. No creo que se pueda trabajar con más de cuatro o cinco a lo sumo.

Sintetizando: el primer paso es reconocer sus subpersonalidades; después llega el momento de aceptarlas, pues no se puede aceptar algo mientras no se lo ha reconocido (también es posible reconocer algo y no querer aceptarlo). Después de la aceptación viene la coordinación: esto supone conseguir que las distintas subpersonalidades conversen y se relacionen entre sí, y descubrir cuáles tienen afinidad recíproca y cuáles no. Luego viene la integración, el intento de conseguir que esas subpersonalidades armonicen mejor para que puedan funcionar en forma más constructiva y colaborar en la consecución de los objetivos y propósitos globales de la persona. Es necesario que las diferentes partes de uno sepan que forman parte de un todo mayor, porque de otra manera es probable que no actúen necesariamente en bien de la totalidad.

Cómo encontrar las subpersonalidades en la carta

Estamos trabajando ahora con material muy básico. Quiero estudiar las configuraciones claves que podrían dar lugar a emplazamientos de subpersonalidad en la carta, pero veremos primero las subpersonalidades en sentido general.

1) *El emplazamiento por signos del Sol, la Luna y el ascendente:* De esta manera se pueden encontrar tres subpersonalidades diferentes: una basada en el signo solar, la otra en el signo de la Luna, y la tercera organizada en torno del signo ascendente. Por ejemplo, una vez trabajé con alguien que, con el Sol en Tauro, tenía una subpersonalidad a la que llamaba «Falstaff». Tauro es un signo que se relaciona con estar en el cuerpo y disfrutar del mundo material y físico. Ya antes tuvimos un ejemplo del Sol en Virgo, con la subpersonalidad del «Hurón Manitas». Los emplazamientos de la Luna también generan subpersonalidades; si el Sol y la Luna están en signos o elementos conflictivos, se puede dar un conflicto entre dos subpersonalidades diferentes que han crecido centradas en cada uno de estos emplazamientos. Por ejemplo, tomemos a alguien que tenga el Sol en

Aries y la Luna en Cáncer. ¿Qué tipo de subpersonalidad se puede formar en torno del Sol en Aries?

Oyente: El Sol en Aries podría dar el héroe, alguien que tiene que conquistar y ser poderoso.

Howard: ¿Y la Luna en Cáncer, entonces?

Oyente: La Luna en Cáncer podría dar una subpersonalidad que fuera más sensible, más propensa a recibir que a dar. Es probable que la subpersonalidad Aries quiera actuar, hacer algo y conquistar campos nuevos, en tanto que la formada por la Luna en Cáncer prefiera dormir o perder el tiempo en casa, o se sienta insegura o no sepa si debería hacer lo que quiere el Sol en Aries.

Howard. Sí, estoy de acuerdo con eso. Tenemos a Cáncer, sensible y dado a «rumiarlo» todo, con el agresivo Aries, siempre dispuesto a seguir adelante; son impulsos regresivos frente a impulsos progresistas. Puede ser que el Sol quiera salir adelante, tomar clases, dar conferencias, conseguir títulos o emprender negocios. La Luna quizá prefiera quedarse en la cama o no hacer nada, porque le da miedo salirse de lo conocido. En general, si se tiene el Sol en cuadratura con la Luna, una parte de uno (el Sol) necesita hacer algo para crecer y desplegarse, y es probable que al mismo tiempo otra (la Luna) no esté especialmente bien dispuesta. Quizás uno tenga que dar una conferencia, aunque lo que en realidad le apetece es quedarse en la cama. Se pueden plantear dilemas similares entre las subpersonalidades centradas en emplazamientos conflictivos del Sol y del ascendente, o de la Luna y el ascendente. La verdad es que si alguien no tuviera una subpersonalidad organizada en torno del Sol o del ascendente, eso me preocuparía bastante. Me preguntaría dónde está esa parte de la persona. Si alguien con ascendente Capricornio no tuviera ningún sentido del orden, e incluso cierta rigidez, eso me preocuparía mucho. Dudaría de tener bien la hora del nacimiento, me preocuparía que esa persona no tuviera suficiente contacto consigo misma. El Sol y el ascendente tienden a producir «subyoes» que son núcleos centrales de nuestra identidad y propósito más básicos, de lo que necesitamos cultivar con el fin de convertirnos en aquello para lo cual estamos hechos.

2) *Los planetas en un ángulo:* Un planeta emplazado en uno de los ángulos de la carta puede formar la base o el núcleo de una subpersonalidad. No me refiero solamente a los planetas que están en el

ascendente o en el medio cielo, sino también en el descendente y el IC. Un planeta en el IC hace pensar que en lo profundo de nosotros hay algo que no está claro para los demás, a menos que nos conozcan muy bien.

3) *Stelliums:* Tres o más planetas en el mismo signo darán origen a una subpersonalidad centrada en el signo de que se trata.

4) *Predominio de un elemento:* Fíjense en los elementos en relación con las subpersonalidades. Si tienen seis planetas en agua, es probable que tengan una subpersonalidad cuyo núcleo tenga algo que ver con el principio del agua. Si tienen seis planetas en fuego, eso da un «subyó» con un núcleo de fuego, que necesita crear desde dentro de sí mismo, inflamarse y ser creativo. Un predominio de tierra puede dar origen a una subpersonalidad pragmática.

Oyente: El elemento inferior, ¿podría dar origen a una subpersonalidad?

Howard: He aquí un punto interesante. Es decir, que si a uno le falta fuego (fuego indiferenciado o inferior) es probable que en la sombra, al acecho, haya una subpersonalidad que necesita desesperadamente ser todo aquello que puede ser el fuego, o que refleja las cualidades más negativas y primitivas del fuego, las menos refinadas. Está bien, se lo agradezco. Si lee usted *Relaciones humanas*, el libro de Liz,⁷ verá que ahí se tratan muy bien los tipos de personalidades asociados con los elementos. Les recomendaría también un libro, *Jungs Tipology* [Tipología de Jung, formado por ensayos de James Hillman y Marie-Louise von Franz.

5) *Los planetas no aspectados:* Los planetas no aspectados pueden ser origen de una subpersonalidad. Si un planeta no está aspectado, eso no significa que no sea importante, sino que tiene su propia forma de actuar independientemente de los demás planetas. Si tienen la Luna no aspectada, por ejemplo, no quiere decir que no tengan sentimiento. Significa, no obstante, que esos sentimientos no se dan atemperados o modificados por los otros planetas. Puede haber ocasiones en que actúen con una carencia total de sentimiento, porque la Luna no está relacionada con nada. Pero a la inversa, habrá veces en que actúen *solamente* a partir de la Luna o, dicho de otra manera, sin más motor que los sentimientos, porque no hay nada que contrapesa a la Luna. Además, se ha dicho que los planetas no aspectados pueden actuar en forma autónoma. También es frecuente que las

subpersonalidades actúen en forma autónoma; se escinden y actúan independientemente del resto de la personalidad.

6) *Los planetas del anima y del animus*: Yo asocio naturalmente algunos planetas con impulsos de tipo masculino, o del *animus*, y otros con el *anima* o las necesidades femeninas. El Sol, Marte, Júpiter y Urano son energías del *animus*; hay una necesidad de hacerse valer, de pugna, de empuje y de afirmación de la identidad. La Luna, Venus y Neptuno son energías femeninas o del *anima*, que se mezclan, se fusionan, reciben, se adaptan, etc. ¿Me siguen, verdad?

Digamos que tienen ustedes dos planetas del *animus* reunidos por un aspecto: el Sol en conjunción con Marte, el Sol en cuadratura con Urano, el Sol en quincuncio con Marte, etc. Con la reunión de dos planetas masculinos, se obtiene una doble dosis del principio masculino. Hay energía, voluntad, impulso, espíritu combativo, tendencia competitiva, y quizás incluso una beligerancia tiránica. Es decir que una personalidad prepotente o beligerante podría estar centrada en dos planetas masculinos aspectados. Sin embargo, si se tienen en aspecto dos planetas femeninos, o del *anima* -la Luna en conjunción con Venus, Venus en quincuncio con Neptuno, la Luna en trígono con Neptuno-, esta configuración daría una subpersonalidad que tiene como núcleo las cualidades del *anima*: el amor, la fluidez, el servicio, el sacrificio, llevadas al punto de alcanzar una dulzura enfermiza. Dos planetas del *anima* en aspecto pueden dar una subpersonalidad que exagera lo femenino, se adapta demasiado, va demasiado lejos en este sentido. Dos planetas masculinos aspectados pueden dar una subpersonalidad que se excede en la expresión de los rasgos del *animus*.

Oyente: ¿Las subpersonalidades también pueden tener sombras?

Howard: Sí, eso creo. Alguien con una subpersonalidad amorosa fuerte podría estar ocultando resentimiento y cólera: «¿Cuándo me toca a mí que alguien me cuide y me dé cosas, para variar?» Una subpersonalidad fuertemente masculina puede llevar dentro de sí el miedo a no ser amada o apreciada.

Claro que si hay un planeta del *anima* en aspecto con un planeta del *animus*, entonces podría haber dos subpersonalidades diferentes, en conflicto una con la otra. Digamos que tienen a Marte en cuadratura con Venus. La subpersonalidad marciana quiere hacer valer su individualidad, pero la de Venus quiere fusionarse, unirse y demostrar su amor. Aquí tenemos la subpersonalidad del matón, el «yo primero», en conflicto con la otra, equilibrada, diplomática y honesta.

Todo lo que he mencionado son las líneas generales para el reconocimiento de las subpersonalidades en la carta natal. Recuerden que cualquier emplazamiento puede constituir la base de una subpersonalidad, pero las que hemos visto son las más obvias.

La degradación de los arquetipos

Una vez más debo reconocer mi deuda con Piero Ferrucci y su trabajo con las subpersonalidades, por este análisis de la degradación o deformación de las energías arquetípicas.⁹ Cualquier subpersonalidad puede ser también, igualmente, la expresión deformada de un principio arquetípico o de un principio planetario. Por ejemplo, una subpersonalidad de un fanatismo furibundo puede ser una deformación del arquetipo del entusiasmo, o del planeta Júpiter.

Heinrich Heine escribió un libro, *Exiled Gods* [Dioses en el exilio],¹⁰ en el que investiga, mediante el estudio del mito y de la leyenda, lo que les sucedió a los dioses griegos y romanos con la hegemonía del cristianismo. ¿En qué se convirtió Marte, el dios de la guerra? ¿Y Júpiter, rey de los dioses y protector del pueblo? ¿Qué sucedió con Afrodita/Venus? Según Heine, los dioses griegos y romanos sufrieron un proceso de declinación con la llegada del cristianismo, y terminaron reducidos a figuras borrosas, compañeras nocturnas de los búhos y los sapos. Fueron destronados. Marte se convirtió en un mercenario, Mercurio en un tendero, Venus se ganó la vida como prostituta, y Júpiter cazaba conejos para vender las pieles. Mantenían algo de su esencia arquetípica original, pero la expresaban en niveles inferiores. Su expresión pura fue pisoteada.

Un arquetipo es como un ascensor en unos grandes almacenes. El mismo ascensor puede dejarnos en el primer piso, de calzado para señoras, o en el segundo, de ropa para hombres, o llevarnos directamente al restaurante, en el último piso. De la misma manera, cualquier arquetipo puede expresarse en muchos niveles diferentes. En un acorde hay diferentes notas. El arquetipo femenino puede expresarse en muchísimos niveles: puede ser la madre, la chacha, la novia, o estar representado por jarrones o floreros, por ataúdes o hasta por flores que se abren durante la noche. Lo que quiero decir es que cualquier contenido psíquico es susceptible de degradación. El júbilo puede convertirse en manía; el entusiasmo en fanatismo; la compasión puede transformarse en conmisericordia, la paz volverse inercia y la inteligencia corromperse en astucia.

Supongamos que alguien tiene una subpersonalidad que es inerte, una plasta. Es posible que esa inercia sea una deformación de una cualidad arquetípica más profunda que esté en la raíz de la subpersonalidad: la cualidad de la paz. Si un arquetipo ha sido degradado, se lo puede volver a elevar. La idea consiste en empezar por reconocer y aceptar la subpersonalidad inerte, y luego trabajar para descubrir cuál es el núcleo arquetípico que ésta representa, y que ha sido deformado. Entonces es probable que la subpersonalidad encuentre otras maneras de dar expresión a su principio nuclear, aparte del nivel de la inercia.

Síganme y trataremos de aclararlo mejor. Volvamos a lo básico. Todo esto se relaciona con Margaret Hone y su libro *The Modern Textbook of Astrology*, que data de 1951.¹ No quisiera que se lo tomaran ustedes en broma, porque el libro es muy útil, y para mí fue una gran ayuda al comienzo de mis estudios de astrología. Sea como fuere, tomemos el principio del Sol para ver cuál es la expresión positiva de este principio solar. ¿Cuáles son sus expresiones negativas? Piensen en el principio solar en función de la degradación o la elevación de un arquetipo.

Oyente: Algunas cualidades positivas del Sol son la nobleza, la dignidad, la condición de ser un individuo por derecho propio, la autoexpresión.

Howard: Margaret Hone estaría orgullosa de usted. ¿Y en cuanto a las deformaciones?

Oyente: Las deformaciones del Sol podrían ser la arrogancia, la altanería, esperar la reverencia de todos.

Howard: Exactamente. Entonces podemos tener una subpersonalidad altanera que es una expresión deformada de una cualidad arquetípica más pura, la de nobleza, dignidad y confianza en sí mismo. Esa subpersonalidad es un espécimen degradado de un principio que es parte valiosa y potente de la vida. *Antes* de poder restablecer la unión con las cualidades solares más positivas, uno tiene que conectarse con la subpersonalidad altanera; ésta es la vía de acceso. Los arquetipos pueden resultar deformados por el miedo, la rigidez y la duda, y por eso se manifiestan en forma impura, despojados de su esencia luminosa. Sigamos adelante. ¿Qué pueden decirme de la Luna? ¿Cuál es aquí el espectro?

Oyente: Una subpersonalidad basada en la Luna podría ser receptiva, sensible a lo que otros sienten. Pero la deformación del principio lunar podría dar una persona que está «viviendo de» la identidad de otra, que se limita a reflejar a los otros sin llegar nunca a ser quien es por derecho propio.

Howard: En los casos extremos, esas personas son como «vampiros psíquicos», que se nutren de nuestra energía para alimentarse. Pero así como algunas subpersonalidades de tipo lunar pueden ser abiertamente dependientes y aprovechadas, otras expresan las cualidades más positivas de la Luna, la tendencia maternal a cuidar y brindar amor. ¿Qué pasa con Mercurio?

Oyente: La tendencia positiva es una inteligencia atenta y alerta, adaptable y versátil. Pero la negativa puede dar como resultado esnobismo, diletantismo, una persona melindrosa y muy inconstante, que hoy está aquí y mañana allá. Una especie de timador.

Howard: ¿Y Venus?

Oyente: Una subpersonalidad que tenga por núcleo a Venus podría tener una percepción intensa de la belleza, el buen gusto y el amor, y estar guiada por un deseo de unión. Una subpersonalidad venusina deformada podría envidiar a quienes obtienen más atención, o intentar destacarse a expensas de su pareja, o estar tan pendiente de la belleza que todo tendría que ser perfecto.

Howard: Está bien. Y Marte puede ser coraje o temeridad, Júpiter expresarse como expansividad o como exageración, Saturno ser el orden o la rigidez... Creo que se entiende. La generosidad puede convertirse en despilfarro, la necesidad de orden en obsesión compulsiva. Pensar en los diferentes niveles de cualquier cualidad arquetípica les ayudará a poner en movimiento el cerebro.

La identificación de las subpersonalidades

Por la sección siguiente tengo que dar las gracias a lady Diana Whitmore, la fundadora del Psychosynthesis and Education Trust, quien me enseñó que, una vez que uno descubre una subpersonalidad, es conveniente preguntarle tres cosas: *¿Qué quieres? ¿Qué necesitas? y*

¿Qué tienes para ofrecerme? Con estas preguntas se puede trabajar de la siguiente manera: elijan un emplazamiento en la carta y vean si se les ocurre una imagen para ese emplazamiento. Entonces pueden dialogar con esa imagen y plantearle a ella las preguntas. De esa manera explorarán más a fondo la subpersonalidad; es como hacer una terapia con ella. 12

Supongamos que uno posee una subpersonalidad que quiere tener un coche ostentoso. Tiene a Júpiter en conjunción con Marte en Sagitario en la quinta casa. Uno se imagina este emplazamiento y la imagen que tiene es la de un piloto de carreras... al estilo Peter Fonda. Entonces, uno pregunta a esa subpersonalidad qué quiere, y la respuesta es: «Quiero un coche ostentoso.» Es un deseo muy burdo, muy específico y muy preciso. Cuando yo tenía el retorno de Júpiter en Sagitario, cumplí una fantasía adolescente comprándome un coche deportivo inglés de segunda mano. Estaba impaciente por poder bajarle la capota, y claro, era diciembre. Y lo gracioso es que yo pensaba que el retorno de Júpiter me espiritualizaría.

Después de preguntarle a su subpersonalidad qué quiere, uno le pregunta qué necesita. «Está bien, quieres un coche ostentoso, pero, ¿qué necesitas?» Quizá responda que necesita ser reconocida. La necesidad de reconocimiento es más sutil que el burdo deseo de un coche ostentoso. Y se la puede satisfacer de otras maneras, y no sólo comprándose un coche. Si uno tiene otra subpersonalidad que no se anima a conducir rápido, o que es tacaña con el dinero (por ejemplo, Saturno en Virgo en cuadratura con la conjunción Marte-Júpiter), tendrá que encontrar alguna otra manera de satisfacer su necesidad de reconocimiento, que no sea simplemente comprarse un coche así. Una vez que se ha llegado a la necesidad, se abren diversas maneras posibles de satisfacerla.

Finalmente, la última pregunta: «¿Qué tienes para ofrecerme?» Al hacerle esta pregunta, estamos sondeando la calidad del núcleo arquetípico de la subpersonalidad. En este caso, podría ser: «Tengo energía, pujanza y fuerza de voluntad para ofrecerte.»

Tomemos otro ejemplo. Digamos que uno tiene una subpersonalidad que quiere chocolate. Lo único que quiere es comer chocolate: pastel, trufas, *mousse*, todo de chocolate. Una subpersonalidad glotona. Si le preguntamos qué quiere, evidentemente nos dirá: «Chocolate.» Ahora, pregúntenle qué necesita. ¿Qué podría decir?

Oyente: Chocolate.

Howard: Muy gracioso. Tenemos muchos golosos hoy aquí. A «¿Qué necesitas?», la subpersonalidad podría contestarnos: «Sustento.»

Oyente: ¡Podría necesitar azúcar!

Howard: ¿Cuántas veces está uno ávido de chocolate cuando lo que en realidad necesita es que lo alimenten o lo consuelen? Una vez que se establece que la necesidad más profunda es de sustento, entonces es posible encontrar otras maneras de satisfacer esa necesidad, que no se limitan al chocolate. Ya sé que esto no es más que un ejemplo general, pero ¿entienden lo que quiero decir? Y finalmente tienen la tercera pregunta para hacerle a la subpersonalidad ávida de chocolate: «¿Qué tienes para ofrecerme?» A ver, ¿qué tiene?

Oyente: Chocolate.

Oyente: Un infarto.

Howard: ¡Vaya hato de cómicos que tenemos hoy aquí! A ver, ¿qué respuesta podría haber para la tercera pregunta?

Oyente: Amor, cuidados, lo opuesto de privaciones, la necesidad de realización.

Howard: Sí, lo que de algún modo se oculta por debajo de esa avidez de chocolate es una cualidad arquetípica que tiene que ver con el cuidado, el amor y la realización. Puede ser que la persona que come compulsivamente chocolate tenga un problema con esas cosas.

Las cartas en blanco con que trabajo tienen un punto en el medio. Cuando le hago una lectura a alguien, procuro hacer que se sitúe en ese punto del medio de la carta, y que desde allí estudie los diferentes emplazamientos en la carta. El punto del medio representa, para el caso, la condición de «ser un yo» o de «estar ahí». Ambas condiciones tienen diferentes energías y signos planetarios mediante los cuales expresarse. El punto del medio representa también al director de la orquesta. Los diferentes planetas y signos representan los distintos instrumentos de la orquesta. El buen director necesita conocer todos los instrumentos y ayudarles a tocar juntos en forma armoniosa.

Trabajar con las subpersonalidades no reside solamente en identificarlas. Es útil en otro sentido. La identificación de las subpersonalidades le ayuda a uno a tomar conciencia de que hay una parte de sí que *tiene* esas subpersonalidades: de que somos un «yo» con un «subyó» que es un niño herido, un matón, un místico, un pragmá-

tico, etc. Hay una parte de nosotros que puede decir: «A veces soy el matón y a veces el místico, y a veces reacciono desde mi niño herido.» *Uno* no es solamente una de estas cosas; *uno* es el que cambia de una a otra. De esta manera, estamos reforzando nuestra sensación de tener un centro de organización o de identificación superior, que puede identificar nuestras diferentes subpersonalidades, hacer lugar para ellas, trabajar con ellas y contenerlas. Es un doble proceso. La primera fase consiste en *identificar* las subpersonalidades y en «reconocerlas». La siguiente consiste en *des-identificarse* de ellas, y en darse cuenta de que uno no es solamente ellas: es un «yo» que puede adentrarse en una u otra de sus subpersonalidades. Eso es lo que significa para mí el punto del centro, el centro organizador superior. A partir de este punto central se tiene mayor grado de conciencia y más libertad de opción que si uno se identifica solamente con una u otra de sus subpersonalidades.

Una historia clínica

Este caso les ayudará a darse cuenta de la forma en que se puede llevar a la práctica, tanto en un nivel astrológico como terapéutico, la teoría de las subpersonalidades. (Véase la carta 6 en la página 178.) Cuando vino a verme, Kathy tenía veintinueve años. Sí, ya los veo a todos aguzando las orejas y asintiendo. ¿Qué hay de especial entre los veintiocho y los treinta años? El famoso retorno de Saturno. Hoy por hoy, todo el mundo está al tanto del retorno de Saturno. Me llama por teléfono gente que no sabe mucho de astrología, pero me dice que está en la época del retorno de Saturno, y que necesitan verme. A alguien se le tendría que ocurrir comercializar postales alusivas al retorno de Saturno: «Te entiendo, viejo, a todos nos llega el retorno de Saturno», o «Que te sea leve el retorno de Saturno». Y se sienten todos tan aliviados cuando pasa, que me da pena hablarles de la primera cuadratura que hace Saturno con su propio emplazamiento, después del retorno. A mí me resultó igualmente difícil.

Pero volvamos a Kathy. Tenía veintinueve años cuando vino a verme, y quería iniciar una terapia. El problema que la trajo fueron sus dificultades para establecerse como diseñadora independiente. Trabajaba con dedicación parcial como secretaria de un artista de renombre. Estaba lo bastante bien pagada como para cubrir sus necesidades cotidianas, y en teoría debería haberle quedado tiempo para dedicar a su trabajo y convertirlo en algo comercialmente viable, pero en realidad desperdiciaba su tiempo libre o terminaba dedicándolo a hacer diversas cosas y encargos para su novio.

Sobre este tema trabajamos más de doce sesiones. Durante la primera, hice que Kathy se familiarizase con su carta y le señalé algunos de los conflictos personales representados por sus emplazamientos astrológicos. Kathy tiene el Sol en Virgo en la casa doce, lo que con frecuencia indica una persona que posterga sus propias necesidades frente a las de otros, o que tiene dificultades para establecer los límites entre ella misma y los demás. Venus está a pocos grados de su ascendente en Virgo, acentuando las cualidades afectivas del equilibrio, la fusión, la abnegación y la armonía con los otros. Todos estos emplazamientos sugerían que Kathy se definía e identificaba poniéndose al servicio de otros, y que se adaptaba considerablemente con tal de mantener la paz y el equilibrio.

Sin embargo, su necesidad de libertad, de expresión personal y de espacio para hacer lo suyo está acentuada por el emplazamiento y la configuración de Marte y Urano, dos planetas autoafirmativos, que están en conflicto con su lado más servicial y abnegado. Marte está en conjunción con la Luna y en cuadratura con el Sol, acentuando sus impulsos a la expresión de sí misma. Piensen un momento en esto... ¿qué significa tener a Marte en aspecto tanto con el Sol como con la Luna? Kathy no quiere ocupar un lugar secundario ni pasar inadvertida. También hay una sesquicuadratura amplia (135 grados) entre la conjunción Marte-Luna y Urano, lo que sugiere la necesidad de dar expresión a su originalidad creativa. Además, el Sol está en el punto medio entre Urano y Neptuno. Con otras palabras, el Sol está atrapado entre Urano, testarudo e independiente, y Neptuno, que tiende al sacrificio y la disolución de sí mismo. Si nos representamos al Sol como el héroe que recorre la senda del crecimiento y la individuación, Kathy tiene a Neptuno tironeándola de un brazo mientras Urano tira del otro. Esta estructura centrada en el medio resume muy bien su dilema entre servir a otros o hacer cosas para sí misma.

Repasé con Kathy el simbolismo del Sol en Virgo en la casa doce, Venus en el ascendente y el Sol en semicuadratura con Neptuno. Ella reconoció inmediatamente ese aspecto de su personalidad, que describía como «la Superservidora». Ahora teníamos que considerar una subpersonalidad definida, que se había formado en torno de esos emplazamientos astrológicos. Kathy explicó que la Superservidora es tremendamente eficiente para hacer las cosas, pero que normalmente las hace para otras personas. Además, disfruta secretamente del reconocimiento que obtiene por sus esfuerzos.

Indagamos sobre este aspecto de su personalidad. Kathy estaba hablándome desde su subpersonalidad de superservidora cuando advertí un cambio en su postura y en su rostro. Le pregunté qué le sucedía y me dijo que de pronto se sentía muy joven.

-Ya sé quién es -dijo luego-... ¡Kathleen la Buena!

Así descubrió Kathy a esta nueva subpersonalidad, una especie de prototipo de la Superservidora, que se mantenía al acecho bajo la superficie.

Kathleen la Buena tenía cuatro años y llevaba el pelo trenzado. Era *la* niñita buena, la que nunca molestaba. Vivía con sus padres en un ático minúsculo, en la ciudad de Nueva York. Sus padres no se llevaban bien, y ella no se sentía segura si aumentaba la discordia causándoles más problemas. Kathy habló con la voz de Kathleen la Buena:

-Tengo que ser buena, porque, si me porto mal, podría suceder algo terrible.

Esas fueron sus palabras. En un ambiente explosivo y atestado, se sentía demasiado insegura para ser espontánea o expresarse libremente. Tenía la sensación de que el medio hogareño no podía admitir más presión. (Observen que Júpiter, que es el regente de la casa cuatro, está en cuadratura con Mercurio, el regente de la décima, y también en cuadratura con Plutón.) De niña, Kathy aprendió a definir su identidad siendo lo que el ambiente necesitaba que fuese. Esa le parecía la mejor manera de asegurarse la supervivencia. Recuerden que durante toda su infancia el tránsito de Plutón va llevándolo lentamente hacia su Sol natal. En lo profundo de sí, la niña sentía que Plutón no estaba lejos, que se le acercaba insidiosamente. Plutón entró en la casa doce de Kathy durante su primer año de vida; en torno de ella se movían oscuras amenazas. En realidad, la conjunción con el Sol no se produjo hasta que ella tuvo ocho o nueve años, y entonces, finalmente, el matrimonio de los padres se vino abajo. Ahora, si a tan temprana edad uno percibe el acercamiento de Plutón, ¿qué hace? Pues, se esconde debajo de la mesa... procura ser bueno, para estar prevenido.

Cuando habló «desde» Kathleen la Buena, Kathy se puso muy derecha y rígida en su silla. Pero mientras continuaba hablando tomó conciencia de otra presencia.

-Espere, que aquí hay alguien más -me advirtió-. Es alguien que conozco, y sé que mira con mucho desprecio a Kathleen la Buena. ¡Es el Diablillo!

Al oír esto agucé las orejas. ¿Quién es el Diablillo? Interesado, le sugerí que averiguáramos algo sobre él, porque sospechaba que podía ser la aparición de su lado Marte-Urano. (Elemental, mi querido Watson.) Trajimos un asiento para el Diablillo y le pedí a Kathy que se sentara allí, se convirtiera en él y me mostrara cómo se sentaba. Ella cruzó las piernas y se puso una mano en el mentón, con el codo apoyado en el brazo del sillón, y me dio la impresión de que el

diablillo ponía cara de malhumor. Las energías suprimidas de Marte-Urano aparecen frecuentemente con expresión de enfado o llorosa o, en forma más indirecta, malhumorada.

Pregunté al Diablillo si tenía algo que decirle a Kathleen la Buena, y con los ojos bajos, con voz monótona y como si le hablara a la mano que tenía apoyada en el mentón, dijo:

-Tú no me gustas, Kathleen. Eres demasiado mojigata y vergonzosa. Yo por lo menos tengo sentido del humor. Tú dejas que se te sienten encima. Y eres tan aburrida, y te sientes tan responsable de todo el mundo...

Tuve la sensación de que, una vez liberado y transformado, el diablillo brindaría a Kathy las cualidades necesarias para alcanzar sus propios logros y expresar sus propias energías creativas. En ese momento, su actitud era de hosquedad y enfado, como estaría cualquiera si durante tantos años se le hubieran sentado encima. El Diablillo estaba decididamente del lado de la niña natural y espontánea que en realidad Kathy nunca había tenido ocasión de ser. Toda esa natural energía creativa estaba bloqueada y se había convertido en cólera y depresión. Ponerse en contacto con su propio enojo sería el primer paso hacia la liberación de esa energía, para así poder encauzarla de maneras más creativas.

La forma de resolver el problema había sido, para Kathy, mantener refrenado al Diablillo. Si se podía dar más participación a éste, se podría romper aquella pauta. Ahora bien, en el momento de nuestra entrevista, su Urano en tránsito comenzaba a acercarse a la conjunción Marte-Luna que hay en su carta natal, y a hacer una cuadratura con el Sol. Era el momento adecuado para liberar al Diablillo, para que así Urano pudiera liberar en parte la energía marciana de Kathy y ella consiguiera dejar atrás esa pauta de refrenar su parte Marte-Urano. No se puede conseguir que algo aflore si no es el momento adecuado; hay que respetar aquello que la persona está preparada para experimentar. Es una equivocación tomar como blanco el inconsciente del prójimo. Pero los tránsitos en la carta de Kathy hacían pensar -y confirmaban- que era el momento adecuado para hacer aflorar a Marte.

Durante algunas de las sesiones siguientes dedicamos mucho tiempo a estudiar mejor al Diablillo. Además, en cada sesión dejamos tiempo para que se expresara la «chiquilla lloricona y hosca». Pregunté a Kathy durante qué porcentaje del tiempo era Kathleen la Buena y durante cuál el Diablillo. Me dijo que en ese momento de su vida era Kathleen/Superservidora más o menos durante el setenta y cinco por ciento del tiempo, y que el veinticinco por ciento restante era el Diablillo. En otras palabras, lo que yo le preguntaba era qué

porcentaje del tiempo dedicaba a Neptuno, y cuál a Marte y Urano. Cuando me dio los porcentajes, le pregunté si estaba contenta con ellos. (Si la persona está contenta, ¿por qué preocuparse?) Admitió que no, y le pregunté cómo le gustaría que fuese. «Mitad y mitad», me dijo. Entonces, ¿qué era lo que se lo impedía? Kathy tenía miedo de hacerse valer y de tomarse el tiempo necesario para su propio trabajo de diseñadora porque le asustaba la posibilidad de molestar a otros si no hacía lo que ellos necesitaban. Todavía era la niña buena que intentaba complacer a papá y mamá y no causar ningún problema. Para la niña que seguía viva en su psiquismo, hacerse valer significaba correr el riesgo de que la abandonaran, y quizá de morir. De niña había tratado de ser lo que su medio necesitaba que fuese para hacerse querer y mantener unida a la familia. Y de adulta seguía haciendo lo mismo, aunque ciertamente ahora no necesitaba que sus padres sobrevivieran. Se aferraba a un mecanismo de defensa que ya no tenía vigencia.

A medida que pasaban las semanas, el Diablillo, que primero se había mostrado retraído y que hablaba con voz monótona, empezó a expresar cada vez con más claridad sus sentimientos, tanto en las sesiones como fuera de ellas. Kathy cobró más vivacidad, se mostró más enérgica, y empezaron a disminuir sus miedos infantiles a la pérdida de amor, si expresaba su parte de diablillo. Aunque a éste no le cambiamos el nombre, tal vez deberíamos haberlo hecho. Recuerden que si la subpersonalidad comienza a cambiar, puede ser conveniente cambiarle también el nombre. Al Diablillo podríamos haberle llamado «Kathy la Espontánea».

Lo que finalmente sucedió fue una de esas experiencias sincrónicas. A medida que Kathy se sentía con más derecho a expresar su aspecto Marte-Urano, parecía que el medio fuera dándole más oportunidades para su trabajo de diseñadora *free-lance*. Y el proceso culminó hacia la época de nuestra duodécima sesión con un importante encargo de una cadena de tiendas. Además, Kathy se sentía menos frustrada cuando su *trabajofree-lance* tropezaba con algún obstáculo; al sentirse más segura podía hacerse valer, poner límites y expresar sus necesidades. Dedicaba más tiempo a perseguir los objetivos que se había propuesto.

Antes, con su fuerte identificación con la Superservidora, Kathy se sentía *obligada* a servir a los demás y ajustarse a sus necesidades, en tanto que el Diablillo, frustrado y frenado en su desarrollo, albergaba un resentimiento inconsciente hacia las mismas personas a quienes ella servía. Cuando Kathy reconoció que podía expresar y hacer valer sin peligro sus necesidades, pudo *escoger* con más libertad en cada situación si se ponía o no al servicio de los otros.

Oyente: ¿Kathy sabía mucho de astrología antes de ir a consultarlo?

Howard: Un poco. Le habían hecho la carta una vez. Pero, en mi opinión, la gente entiende rápidamente el concepto de subpersonalidad, y a veces es posible usarlo desde la primera sesión. Yo acostumbro a empezar la sesión diciendo al cliente que se imagine que está de pie en el centro de la carta... en el punto del centro, ¿recuerdan? Entonces le digo que vamos a mirar las diferentes partes de la personalidad, que están simbolizadas por los planetas. Puede ser que una parte del cliente quiera una cosa -que un planeta o una configuración quiera una cosa-, pero otra parte u otro planeta quiera otra. La gente capta fácilmente la idea. Me doy cuenta de que el cliente entiende lo que quiero decir cuando en algún momento de la lectura me señala un planeta o un emplazamiento que yo he mencionado y me dice, señalándome otra posición en la carta, que esos dos no se llevan muy bien. No es sólo que hayan sido reconocidas las dos subpersonalidades, sino que el cliente ha comenzado a percibir el «yo» que las tiene, y que tiene también la capacidad de trabajar con ellas. Como ya dije antes, trabajar con las subpersonalidades no sirve solamente para identificarlas, sino también para des-identificarse de ellas y volver a conectarse con el «yo» que las tiene y que es el que se desplaza de una a otra. Diana Whitmore usa esta analogía para explicar la diferencia entre *ser* una subpersonalidad y *tener* una subpersonalidad: dice que si *eres* un perro que muerde, pues muerdes, pero si *tienes* un perro que muerde, puedes decidir si lo dejas que muerda, o le pones un bozal, o le enseñas a que no muerda. Si uno está totalmente identificado con una subpersonalidad, entonces no hace más que «actuarla», pero si se da cuenta de que una subpersonalidad es algo que opera dentro de uno, puede hacer algo para cambiarla, alterarla o transformarla.

Cuando una persona toma más conciencia de alguna dinámica que funciona en su interior, ya no es tan seguro que se deje dominar inconscientemente por ella. Cuando Kathy no tenía conciencia del Diablillo, estaba dominada por él: el Diablillo no paraba de sabotear y desbaratar lo que ella quería hacer. Después de pasar un tiempo trabajando con él, Kathy pudo canalizar su energía en forma más constructiva.

Subpersonalidades centradas en el amor

Normalmente, tenemos alguna o algunas subpersonalidades que tienen el principio del amor como impulso o motivación arquetípica

subyacente. Son subpersonalidades que exhiben una persistente necesidad de pertenencia, relación e inclusión. Las subpersonalidades centradas en el amor son, por lo común, sumamente sensibles y receptivas a lo que proviene del medio. Los signos que exhiben más marcadamente estas cualidades son Cáncer, Libra y Piscis. Si el Sol, la Luna o el ascendente cae en alguno de esos signos, o si son muchos los planetas que los ocupan, lo más probable es que en el individuo existan fuertes subpersonalidades basadas en el amor. Las necesidades y los impulsos asociados con la Luna, Venus y Neptuno son también las de receptividad, pertenencia, relación e inclusión. Si estos planetas se encuentran en alguno de los ángulos de la carta, o próximos a ellos, o si están en aspectos próximos o relaciones angulares entre sí, se puede suponer sin temor a equivocarse la existencia de subpersonalidades basadas en el principio del amor. El emplazamiento del Sol, la Luna o un conjunto de planetas en las casas cuarta, séptima o duodécima podría ser otra indicación de subpersonalidades de tipo amoroso. Finalmente, si están muy acentuados los planetas en el elemento agua, que se asocia con el concepto junguiano de la función sentimental, esto genera una fuerte necesidad de amor, y la posibilidad de que en torno de ella se formen subpersonalidades.

En su expresión más positiva, las subpersonalidades centradas en el amor son afectuosas y tienden a preocuparse por los demás, a cuidarlos y protegerlos, y a buscar ante todo la armonía entre sus seres queridos. Sin embargo, la cualidad arquetípica de amor que emana de la personalidad y que interactúa con el medio puede ser fácilmente deformada por el miedo, la duda, la inseguridad y actitudes rígidas o condicionamientos negativos. Por ejemplo, el principio del amor puede resultar deformado en el nivel de la personalidad por la inseguridad, lo que da origen a fuertes dependencias: la necesidad de que continuamente le aseguren a uno que lo aman, o el temor de hacer algo malo que lleve a la pérdida del ser amado. En otras palabras, las necesidades amorosas deformadas pueden asumir la forma de una dependencia excesiva, que en última instancia encuentra expresión en una subpersonalidad a la que podríamos llamar «el Tontito». Otras deformaciones del principio del amor se encuentran en las subpersonalidades que confían excesivamente en el medio, y esperan que de afuera se les diga qué es lo que necesitan y quiénes son, o que están convencidas de que todos han de amarlas. Son subpersonalidades que operan a partir de una tendencia excesiva a adecuarse a su medio para así asegurarse el amor. Es fácil que estén preocupadas en demasía por lo que los otros puedan pensar de ellas. Quizá traten de imaginarse lo que necesitan o esperan de ellas los

demás, y según eso modelen su personalidad o su comportamiento. En vez de ser auténticas con algo interior, lo cual podría oponerse a lo que creen que los demás esperan de ellas, exhiben y respetan todo lo que pueda contribuir al mantenimiento de la paz, o que al menos no irrite a los otros. Las subpersonalidades basadas en el amor pueden sufrir también por una falta de discriminación, una dificultad para establecer límites precisos y para eliminar de su vida las circunstancias negativas. No saben cuándo tienen que decir que no. Si alguien de su entorno tiene un problema, la subpersonalidad de tipo amoroso se sentirá responsable de él.

Estas subpersonalidades estructuran su ser como una defensa contra sus miedos más intensos: al rechazo, la soledad y el aislamiento. Las personas con una subpersonalidad amorosa fuerte pueden refrenarse para no expresar o hacer lo que realmente sienten, por temor a dañar a los otros o alejarlos de ellas, es decir, por miedo a la pérdida de amor.

Tal como vimos en la historia de Kathy, una criatura que tenga el Sol, la Luna, el ascendente o un conglomerado de planetas en Cáncer, Libra o Piscis, o un emplazamiento prominente de la Luna, Venus o Neptuno, o en cuya carta se vea una fuerte acentuación de las casas cuarta, séptima o duodécima, ejemplificará estas características. Para todos los niños, pero especialmente para los del tipo «amoroso», conseguir amor es una manera de asegurarse la supervivencia. Si el niño (o la niña) es amado, siente que conseguirá obtener de su ambiente los cuidados y el apoyo que necesita para estar seguro y cómodo, y para vivir. El origen de las deformaciones que presentan, de adultos, quienes tienen subpersonalidades de tipo amoroso puede ser rastreado en la infancia, cuando necesitábamos adaptarnos para obtener amor y sobrevivir.

Es probable que en alguna época, de niño, haya sido necesario y adecuado sofocar esas partes inaceptables para el medio. El problema es que a menudo nos aferramos durante demasiado tiempo a los mecanismos de defensa de la infancia. Ya bien entrados en la edad adulta seguimos cultivando subpersonalidades que insisten en la idea de que la supervivencia depende de que nos adaptemos a las expectativas o las necesidades de los demás, cuando la verdad es que el adulto es totalmente capaz de hacerse cargo de sus propias necesidades de supervivencia. El niño que sigue habiendo en el adulto es el que teme consecuencias drásticas si traspasa los límites o expresa su verdadera individualidad.

Las subpersonalidades centradas en el amor pueden tener la siguiente pauta o enunciado vital: «Si no soy bueno y no hago lo que los demás quieren, si no soy lo que ellos esperan, se producirá un

desastre.» Tal es el contexto o el programa oculto a partir del cual una subpersonalidad centrada en el amor podría estructurar sus opciones vitales.

Es inevitable que alguien que continuamente suprime su propia individualidad, que se centra sobre todo en ser lo que los demás quieren, necesitan o esperan de él, termine por sentir una apreciable cantidad de resentimiento y enojo. Este lado es la sombra del tipo de subpersonalidad que nos ocupa. Es probable que la persona no lo exprese directamente, pero sí que lo deje oír en forma indirecta, mediante observaciones como: «Después de todo lo que he hecho por vosotros, mirad el agradecimiento que recibo», o: «Si no hubiera sido por ti, yo podría haber...» A la otra persona se le reprocha o se la culpa de no ser lo bastante agradecida, o de ser demasiado opresiva, cuando en realidad esos son precisamente los agravios que el tipo «amoroso» se ha infligido a sí mismo.

Me he detenido en las deformaciones que puede presentar el principio del amor, y en la forma en que éstas pueden expresarse en determinadas subpersonalidades, pero no quiero seguir tratando en forma tan profana el amor. El amor es una fuerza muy bella e importante, una manera de volver a integrarse en la totalidad. El amor nos permite trascender la identidad individual aislada. En la subpersonalidad «amorosa» subyace la necesidad, muy íntima y muy hermosa, de conectarse con los otros y de trascender el sentimiento de estar aislado.

Oyente: Durante el ejercicio que hicimos percibí claramente que tengo una subpersonalidad de esta clase. Me imaginé mi Luna en Piscis, y vi una mujer vestida de largo, con una amplia túnica flo tante.

Howard: Efectivamente, ella representa una parte de usted. El principio subyacente del amor es muy bello, pero no pierda de vista las deformaciones que he mencionado.

Las subpersonalidades centradas en la voluntad

Hay un grupo diferente de subpersonalidades que pueden organizarse en torno del principio arquetípico de la *voluntad*. Son personalidades que, a diferencia de las centradas en el amor, con sus típicas necesidades de pertenencia y armonía, se caracterizan por un impulso orientado hacia el poder y una fuerte necesidad de autoexpresión. El amor es *yin* y la voluntad es *yang*. Los signos que exhiben

más decididamente las cualidades de la voluntad son Aries, Leo, Escorpio, Capricornio y Acuario, como también Sagitario y, en alguna medida, Tauro (la voluntad de mantenimiento). Todavía no tengo bien definidos los signos que deberían ir con la voluntad.

Las subpersonalidades que se forman en torno del principio de la voluntad pueden aparecer si el Sol, la Luna, el ascendente o un predominio de planetas ocupan estos signos. Los impulsos de la voluntad se asocian también con el Sol, Marte, Urano y ciertas cualidades de Júpiter, Saturno y Plutón. Si estos planetas se encuentran sobre alguno de los ángulos de la carta, o cercanos a ellos, o si están próximamente aspectados entre sí, es probable que -independientemente de que el individuo tenga o no conciencia de ellas- aparezcan subpersonalidades motivadas por el principio de la voluntad.

Además, si hay emplazamientos importantes en las casas primera, quinta o décima, esto podría ser un nuevo indicio de la existencia de este tipo de subpersonalidades. El fuego es el elemento más asociado con el impulso a autoexpresarse y a ser reconocido, de modo que si la carta muestra muchos planetas en este elemento, habrá una fuerte necesidad de manifestarse y hacerse valer.

En su expresión más positiva, las subpersonalidades centradas en la voluntad pugnan por la excelencia, la fuerza, la exactitud y la claridad. Tienen la potencialidad de usar su empuje o su poder al servicio de un propósito más amplio o para defender una causa superior. Sin embargo, la cualidad arquetípica de la voluntad que se expresa en la personalidad puede estar deformada, por ejemplo, por la rigidez en el caso del matón o el ambicioso de poder, que tiene que salirse siempre con la suya y está dispuesto a convertir su voluntad en ley. Otra deformación del principio de la voluntad sería un comportamiento manifiestamente competitivo, egoísta, dominante o ambicioso. Con frecuencia, las subpersonalidades «voluntariosas» estructuran su vida a la manera de una defensa contra sus mayores miedos: a perder el control o el poder, o a la impotencia.

En el seminario sobre las etapas de la niñez, dijimos que durante los primeros años de vida el arquetipo central es el amor. La voluntad, en cuanto principio arquetípico, emerge con más claridad hacia los dos años. El desarrollo de la voluntad está estrechamente vinculado con la superación del exceso de dependencia de -y de identificación con- la madre, y con el establecimiento de la propia identidad e individualidad. Es obvio que a la madre (o a otras personas) no siempre les gusta la forma que decidimos dar a esta separación. El desarrollo de la voluntad origina múltiples conflictos y batallas con padres, amigos y figuras de autoridad. Y sin embargo, la voluntad nos proporciona la energía y el poder necesarios para dominar el

ambiente, nos brinda alegría, aumenta nuestra autoestima y nos da una sensación de logro. ¿Alguno de los presentes se enfrentó hoy con una subpersonalidad del tipo «voluntarioso»?

Oyente: Yo tuve una imagen de mi Plutón en conjunción con el ascendente en Leo. Había alguien muy fuerte que intentaba salir de atrás de algo, pero no llegaba a conseguirlo del todo. Quería controlar toda la carta y los otros planetas, salir a la luz y usar los otros principios para sus propios fines.

Howard: Y eso, a usted, ¿qué sensación le dio? ¿Lo sintió como alguien legítimo?

Oyente: Sí, me pareció de fiar. Dijo que ya saldría cuando estuviera listo.

Howard: Ah, entonces estaba pidiendo tiempo. ¿Usted ya lo había advertido antes?

Oyente: No, hoy fue la primera vez que apareció.

Howard: Da la impresión de que valdría la pena trabajar con él. Usted podría tomarse algún tiempo, en casa, para dialogar más con él, hablarle, hacer un dibujo suyo. Cuanto más atención le preste, tanto más fácil será que pueda activar ese principio.

El dilema entre el amor y la voluntad

El tipo de subpersonalidad «voluntariosa» necesita tener libertad de ser, y de hacer lo que tiene que hacer. Las subpersonalidades centradas en la voluntad piden que los demás se adapten a ellas. Son muy diferentes de las subpersonalidades de tipo «amoroso», que siempre están adaptándose a los otros.

Se puede uno encontrar con una carta que refleje el dilema entre el amor y la voluntad. Esto sucede cuando hay un emplazamiento fuerte de planetas, signos o casas que indican subpersonalidades centradas en el amor, y también otros que sugieren subpersonalidades en que predomina la voluntad. La persona experimentará un conflicto o una falta de integración entre las necesidades de su amor y las de su voluntad. En ese caso nos vemos ante una persona que se encuentra paralizada entre cuándo doblegarse y adaptarse para equi-

librar una situación, y cuándo decir que no y exigir que los demás se adapten. Cabe tener la esperanza de que quienes tienen una carta con este dilema puedan encontrar alguna forma constructiva de hacer coincidir estos dos principios, o por lo menos, de que aprendan a dejar margen, en su vida, para las dos maneras de ser.

Dos planetas relacionados con el amor, si forman un ángulo difícil, producen un exceso del principio de amor. En el mismo caso, dos planetas relacionados con la voluntad generan una obstinación excesiva. Pero un planeta «de amor», si forma un ángulo difícil con un planeta «de voluntad», produce un dilema entre el amor y la voluntad. Ya mencioné antes el caso de Marte en cuadratura con Venus: Marte quiere hacer valer su individualidad, Venus quiere la fusión. El Sol en cuadratura con Neptuno o Marte en oposición con Neptuno pueden constituir otra versión del dilema entre amor y voluntad. Uno de ellos puede resultar suprimido en favor del otro, pero tarde o temprano el lado sometido causará alguna perturbación. Si las necesidades de una subpersonalidad o de un planeta se ven descuidadas en favor de las de otra u otro, es como si la subpersonalidad (o el planeta) descuidada acumulara presión en el inconsciente. Puede tener estallidos irracionales de tiempo en tiempo, o verse forzada a hallar un desvío que le permita realizarse. Las subpersonalidades «voluntariosas» frustradas se enfadan, lloriquean, se vuelven hoscas, enferman o se deprimen. Las «amorosas» pueden tender a ocultar sus heridas, o su sensación de no ser suficientemente amadas ni aceptadas.

La parte del amor dice: «Si soy demasiado testaruda, perderé el amor y los demás ya no me querrán.» Esto suele ser un resabio de la niñez, cuando temíamos que no nos quisieran si pedíamos demasiado, o si no éramos como nos exigían los mayores que fuéramos. Pero la voluntad también tiene sus miedos. La parte de la voluntad dice: «Si nuestro demasiado amor, se aprovecharán de mí.» En algún momento, en el pasado, la persona puede haber sido muy amorosa y abierta, y después haberse sentido rechazada y herida. La parte de la voluntad dice: «Ve con cuidado, que si les das la mano, se tomarán el brazo. Si te adaptas demasiado a ellos, perderás el contacto contigo mismo y quedarás anegado.» La voluntad tiene miedo de mostrar su amor, miedo de perder espacio y libertad. El amor tiene miedo de perder el contacto.

Un ejemplo clásico de sobreidentificación con un tipo de subpersonalidad centrada en la voluntad puede ser el hombre de negocios con una subpersonalidad de gran luchador, como puede dar Marte en conjunción con Júpiter en Capricornio en la casa diez, en oposición con Neptuno en Cáncer en la cuarta. Un nativo así siente la compulsión de competir, de entrar en combate, de llegar a la cima. Es

probable que más adelante, cuando se dé cuenta de hasta qué punto se ha alejado de su mujer y de sus hijos, lamente la poca atención que prestó a sus necesidades de amor. Quizás triunfe, pero al precio de no haber cultivado en la medida necesaria su vida personal y emocional. O si no, puede terminar encontrándose con que a los cincuenta y cinco, un ataque lo deja parcialmente paralizado y en una situación de casi total dependencia física de las personas que lo rodean. El lado amoroso, antes negado, ha vuelto por sus fueros y se descarga sobre él con toda su fuerza. El hombre de negocios que sufre las secuelas de un ataque queda virtualmente desvalido en su debilidad; una debilidad que probablemente no reconoció jamás que podía existir en él, ni siquiera en mínima medida. O bien, para compensar su miedo a la debilidad, un hombre de estas características pudo haber estado siempre empeñado en demostrar su fuerza. Si hubiera dedicado, y cuanto antes mejor, más tiempo a su Neptuno en Cáncer en la casa cuatro, las cosas probablemente le habrían salido de manera muy diferente.

Si el astrólogo puede formular las preguntas adecuadas, la carta es un instrumento de diagnóstico precioso para evaluar en qué situación se encuentra una persona en relación con las coordenadas del amor y la voluntad. La carta, ¿indica un mayor peso innato de la voluntad, y la consiguiente necesidad de subrayar más los signos y los planetas relacionados con el amor? ¿Indica un desequilibrio en favor del amor, y quizá la necesidad de cultivar con más empeño la subpersonalidad «voluntariosa»? ¿O hay un equilibrio tal entre ambos factores que genera un estado de indecisión perpetua? Pero un equilibrio parejo entre el amor y la voluntad también podría dar como resultado una síntesis ideal de estas cualidades, una capacidad natural para alternarlas según cuál sea más adecuada y necesaria en un momento dado. Uno podría, entonces, demostrar amor sin renunciar a su propia individualidad, y hacerse valer sin ser despótico.

Sin embargo, en muchos casos en que la carta indica un equilibrio potencial entre el amor y la voluntad, tal cosa no existe. Ello se debe a que el yo abomina de la ambivalencia, y si se ve enfrentado con opciones conflictivas, decidirá identificarse con uno de los principios y suprimirá el otro. Como ya explicamos, invariablemente el principio suprimido aflora luego a la superficie, de una manera o de otra, y con frecuencia, no de la manera más agradable.

Cuando hablamos de Kathy, me valí de porcentajes como un modo de abordar su dilema entre el amor y la voluntad. ¿En qué porcentaje se expresan ustedes desde el lado de la voluntad, y en qué porcentaje desde el lado del amor? ¿Están conformes con ese porcentaje? Si no, ¿cómo les gustaría que fuese? ¿Qué es lo que impide que

sea de esa manera? Este tipo de preguntas puede servir para poner en marcha un trabajo interesante.

Podrían poner a prueba con las subpersonalidades el concepto de *tiempo compartido*. Sé que muchos de ustedes no creen que eso funcione, pero yo tengo la sensación de que vale la pena intentarlo. Compartir el tiempo implica llegar a tener una visión global de la personalidad y de sus componentes, para después, conscientemente, permitir en ciertas ocasiones la expresión de una subpersonalidad, y otras veces la de otra. De esta forma, ningún componente del sí mismo se siente no reconocido, de manera que es menor el riesgo de que se produzca una acumulación explosiva o una actuación que pueda sabotear los impulsos o las necesidades de otras partes de la personalidad. Dicho de manera muy simple, esto puede significar la elaboración de un horario o programa de empleo del tiempo, como si dijéramos: los lunes, miércoles y viernes dedicaré tiempo a las subpersonalidades centradas en el amor, pero los martes, jueves y sábados se lo concederé a las centradas en la voluntad. Como es obvio, en la vida real las cosas son mucho más complicadas. Pero si deciden mostrar su aspecto «amoroso» en vez del individualista, que tiende a hacerse valer, no se olviden de decirle a este último: «No te preocupes, que no me he olvidado de ti. Ahora estoy respondiendo desde el amor, pero ya te llegará el turno de mostrarte obstinado, cuando sea el momento.» Es importante reconocer qué parte es la que uno está inhibiendo, y hacerle saber que también ella y sus necesidades recibirán la debida atención en su momento. Así no se sentirá descuidada y no necesitará llegar a extremos fastidiosos para hacerse oír. Es como cuando el director de orquesta da la entrada a las cuerdas e indica silencio a los metales.

Oyente: Acaba de ocurrírseme otro problema referente al dilema entre amor y voluntad. ¿Qué pasa con la persona que es demasiado bonachona y adaptable en su trabajo, donde tendría que ser en realidad más estricta e imponerse más, y en cambio se muestra prepotente y rígida en casa, donde debería ser más amable y comprensiva con la familia?

Howard: Sí, es un buen ejemplo. Ahí se está produciendo una especie de desplazamiento.

Oyente: Me interesó el ejemplo que dio usted del hombre de negocios que mediada la cincuentena podría tener un ataque. Días pasados le hice una lectura a una señora; el marido acababa de tener un ataque. Siempre había sido un hombre muy eficiente, organizado y eficaz, y

ahora ella tenía que peinarlo y vestirlo, y él no hacía más que llorar. Ella jamás lo había visto llorar, y estaba atónita al encontrarse con semejante cosa. No he visto la carta de él, pero la mujer tenía a Neptuno en tránsito en conjunción con la cúspide de la séptima casa.

Howard: Sí, precisamente a eso me refería. A veces, cuando vienen a verme personas que evidentemente tienen en su carta conflictos entre el amor y la voluntad, trabajo con ellas de la siguiente manera: intento explicarles el valor que hay en ambas maneras de ser. Ser amable, adaptable y flexible está muy bien algunas veces. También está bien, cuando la ocasión lo requiere, ser testarudo y firme, y hacerse valer. Dicho de otra manera, ninguno de los dos principios es mejor que el otro: los dos están bien. Es decir, está bien que uno sea su conjunción Marte-Júpiter en Leo, pero igualmente está bien que sea su conjunción Luna-Neptuno en Libra. Sin embargo, lo que verdaderamente importa es saber *cuándo* se ha de ser cada una de ellas: cuándo hay que hacer entrar en juego a Marte-Júpiter, y cuándo a la Luna-Neptuno. En ese momento le digo a la persona que se ponga de pie en mitad de su carta y haga una «lectura barométrica» en diferentes situaciones vitales. ¿Qué pasa cuando va al trabajo? Allí, ¿necesita más amor o más voluntad? Si necesita más voluntad, entonces haga pesar un poco más su lado Marte-Júpiter, y si en casa necesita más amor... pues ya sabe. Dada la situación, ¿es adecuado dar cabida a Marte o a Neptuno? Puedo sugerirle que por el momento ceda al influjo de Neptuno, pero que si en tres meses más sigue sintiéndose como el diablo, llame a escena a Marte y se muestre más riguroso con la situación que tiene entre manos. Aquí pueden

ser útiles los tránsitos y las progresiones. Si alguien tiene un tránsito importante de Neptuno, es probable que sea el momento de dar margen para la acción a sus cualidades neptunianas. Sin embargo, si Urano está removiendo el avispero, no es nada aconsejable que se adapte y se siente pacientemente a esperar.

Cambio frente a conservación

Pasemos ahora a otras configuraciones de subpersonalidad diferentes, y a los dilemas que se pueden plantear entre ellas. Vamos a considerar un dilema que podemos llamar del cambio frente a la conservación. En su expresión más pura, el impulso a la conservación nos ofrece una posibilidad de anclaje y de profundización, cultiva la paciencia y nos da sentido del ritmo y de la oportunidad. La conservación -o el mantenimiento- nos

ofrece consolidación, la sensación de aguardar a que algo esté bien. Es como esperar que algo se cocine, o como observar el crecimiento de algo. Mantener significa estar con algo, y quedarse con algo. Nos ofrece estructuras que sirven a la vida, y formas mediante las cuales puede manifestarse nuestro ser. El mantenimiento nos da tiempo para arraigarnos, acepta la necesidad de vivir dentro de límites y reconoce las limitaciones de nuestra condición humana. Las subpersonalidades que se centran en la necesidad de mantenimiento reflejan todas estas cualidades.

Los signos que más asocio con este principio son Tauro y Capricornio, y en cierta medida, Virgo y Cáncer. Un predominio de los signos de tierra puede dar origen a una subpersonalidad de conservación, lo mismo que un Saturno fuerte. Y yo buscaría también emplazamientos importantes en las casas segunda, sexta o décima.

Sin embargo, el impulso o la necesidad de conservación puede darse deformado, como terquedad, dependencia, inercia o afán de mantener el *status quo* por miedo a lo desconocido. La tendencia conservadora puede convertirse en cristalización y rigidez. El problema de estas subpersonalidades es que se siguen aferrando demasiado a algo que ha sobrevivido a su momento. Las cosas se vuelven *tamásicas*; se enrancian, se gastan, se pudren, se vuelven estériles. El mantenimiento puede empecinarse y decir: «Bueno, ¿y qué? ¿Por qué quieres más? Confórmate con lo que tienes, deja de soñar y apoya los pies en la tierra.»

Ahora, comparen esta actitud con la de las subpersonalidades que tienen como núcleo el principio del cambio. En su forma más pura, nuestra necesidad o impulso de cambio es muy importante: el cambio es lo que da lugar al progreso, a un desarrollo gradual y armonioso, al crecimiento, la transformación y el florecimiento. El capullo tiene que abrirse para ser una rosa. No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos. Las subpersonalidades centradas en el cambio no están apegadas a la forma como los tipos más conservadores. Son capaces de despertarse un día con una visión diferente de las cosas, y entonces desbaratarán lo que ya existe en nombre de lo nuevo, inédito o desconocido. Las subpersonalidades conservadoras firman un contrato y diez años después siguen manteniéndose fieles a él, por más que lo que sienten ahora sea algo muy diferente. Las subpersonalidades cambiantes actúan rigiéndose por la idea de algo nuevo, mientras que las conservadoras se apegan a formas ya existentes.

Los signos que primero asocio con el cambio son Aries, Sagitario, Géminis y Acuario. Si alguien tiene el Sol en Géminis, Sagitario en ascenso y la Luna en Aries, no hay por qué esperar que se adhiera durante mucho tiempo a la misma cosa. Los planetas que asocio con

el cambio son Marte, Júpiter, Urano y, por supuesto, Mercurio. Y los elementos de fuego y aire son más propensos a integrar subpersonalidades basadas en el cambio.

Oyente: ¿Y qué hay de Venus y Libra?

Howard: En la medida en que Libra es un signo idealista, yo lo asociaría con el cambio. Libra anda en busca de la relación más ideal, del sistema político más ideal, de lo que sea, pero lo más ideal. Sin embargo, las necesidades de equilibrio que tiene hacen de él un signo menos cambiante que Géminis o Aries.

Oyente: Y de Plutón y Escorpio, ¿qué? Lo que les gusta es romper y derribar para hacer lugar a algo nuevo.

Howard: Sí, a ellos también los pondría aquí, pero entre paréntesis... Escorpio es, en muchos sentidos, demasiado fijo. Pero es verdad; finalmente, en aras del cambio o la evolución, Plutón o Escorpio despejará al mundo de algo ya superado o que ya no funciona. Sólo que le lleva mucho tiempo hacerlo. Compárenlo con Sagitario, que a veces cambia tan pronto como las cosas empiezan a ponerse difíciles.

¿Cuáles son las deformaciones del cambio? Son deformaciones que pueden llegar a ser muy destructivas: cambiar por cambiar, sin más. Entonces, este tipo de subpersonalidades pueden considerar que todos los límites y las barreras son malos, y por ende no hay que reconocerlos. Es probable que su apego al cambio se deba al miedo de arraigarse o establecerse. Como les enferma perder alguna posibilidad, nunca se apegan a una cosa determinada. Es probable que sean insensibles a las necesidades de su propio cuerpo, ya que lo ven como otra limitación que no quieren respetar. Puede que no den suficiente crédito a los límites de su propia condición humana, y cometan una especie de *hubris*, de pecado de orgullo, apuntando demasiado alto o mostrándose en exceso idealistas. Como Prometeo, pueden resultar castigados por haber intentado robar el fuego de los dioses. No van ustedes a encontrar un Virgo que piense que todo es posible. La gente de tierra dice: «Espera un momento, que te estás pasando.» Aries, Sagitario y Acuario dirán que no, que si uno lo cree, puede hacer que suceda. Las subpersonalidades del cambio tienen más que ver con *puer*; las de la conservación, con el *senex*.

El mayor miedo de las subpersonalidades centradas en el cambio es verse aprisionadas en la forma. Así como a Zeus le enfermaba caer en las trampas que le tendía Hera, al espíritu le enferma verse aprisionado en la forma.

Oyente: Entonces, si alguien tuviera en su carta a Saturno en cuadratura con Urano, ¿eso podría dar origen a una subpersonalidad basada en Saturno en conflicto con una subpersonalidad basada en Urano? La saturnina sería cautelosa y conservadora, y la uraniana más anticonvencional, inquieta y cambiante.

Howard: Sí, yo también lo vería de esa manera. ¿Qué otras combinaciones se dan en el dilema entre cambio y conservación?

Oyente: Alguien con planetas en Capricornio, pero también con algunos en Acuario. O alguien con un lado fuertemente taurino, pero también con un Sagitario muy fuerte. U otro con un Aries fuerte, pero que tiene a Saturno en conjunción con el Sol, o a Capricornio en ascenso.

Howard: Sí, ya veo que se va entendiendo. Hay diversas combinaciones. Simplemente, remítanse a nuestra lista de planetas y signos del cambio y de planetas y signos del mantenimiento, y busquen las diferentes combinaciones que se dan entre ellos.

Oyente: ¿No hay un terreno intermedio?

Howard: Sí, yo busco siempre una síntesis de las diferentes subpersonalidades, si es posible. Aquí puede haber una manera de conservar lo mejor de lo antiguo, al tiempo que se hace lugar para lo nuevo. Pero, en general, estén atentos al conflicto entre las subpersonalidades que dicen: «Debo cambiar, debo crecer, debo transformarme, seguir en movimiento, evolucionar» y las otras que son más inertes, o que necesitan estabilidad y seguridad.

Se puede tener primero una base hogareña, y cierta seguridad, y después viajar o moverse. También hay personas que pueden hacer lo contrario. Imaginemos una carta de aire o de fuego, con Capricornio en el ascendente. Es una persona que vive la primera parte de su vida a partir del cambio y de la aventura, y que después, hacia los treinta o treinta y cinco años, comienza a adentrarse en Capricornio. Entonces emerge una subpersonalidad nueva, que dice: «Vaya, sería bueno sosegar, comprarse una casa y ser un poco más normal y corriente.» Hay personas a quienes les enferma la idea de ser simplemente humanas. A otras les aterroriza aventurarse a explorar horizontes más lejanos y arriesgarse a ser diferentes de la norma.

La escisión entre místico y pragmático

El tema que hemos analizado nos lleva por sí solo a otro dilema entre subpersonalidades en conflicto, a saber, lo que se conoce comúnmente como la escisión entre místico y pragmático.

En el seminario sobre las etapas de la niñez dijimos que en el útero (o en algún momento del pasado) tuvimos la experiencia de estar inmersos en una totalidad oceánica. Es un estado previo a la conciencia de sujeto/objeto, un sentimiento de no diferenciación, en que no hay la sensación de un sí mismo ya formado. A partir del ascendente y hasta la sexta casa se desarrolla en nosotros la sensación de un ser -un sí mismo- discreto, aparte y distinto de los demás. Pasamos de un estado en que el ego no existe a tener la sensación de un «yo». Entre las casas siete y doce renunciamos a esta sensación de un sí mismo separado, a fin de volver a fundirnos con los otros o con el gran todo. Me estoy refiriendo a algo que es un dilema existencial básico del ser humano. Hay una parte de nosotros que quiere cultivar el sentimiento de un ser diferenciado, que ansía definirse con más claridad y establecer límites. Y sin embargo, hay otra que tiene una necesidad permanente de volver a fundirse en aquella totalidad urobórica. Intuimos que, en sus estratos más íntimos, nuestro ser es universal e ilimitado, y sin embargo habitamos un cuerpo que nos distingue de los demás.

Ahora bien, hay personas que se inclinan más que otras a distinguirse y diferenciarse de los demás, y a establecer límites. A otras, sin embargo, les preocupa más disolver los límites y confundirse con los otros, o con Dios. El pragmático es aquel que intenta establecer distinciones y límites; el místico intenta trascender la sensación de ser alguien aparte.

Pueden formarse subpersonalidades en torno de las ansias místicas o de las necesidades pragmáticas. Para aclarar esto, veamos cuáles son los planetas, los signos y las casas que se relacionan con estas dos tendencias. Las subpersonalidades pragmáticas suelen formarse centradas en los signos de tierra, y principalmente en Virgo. Géminis también tiende a establecer distinciones y buscar diferencias. Mercurio y Saturno son los planetas a que hay que atender en este caso, y las casas segunda, tercera, sexta y décima pueden desempeñar su papel dando origen a este tipo de subpersonalidades.

Las subpersonalidades pragmáticas tienen la capacidad de entablar contacto con el medio en forma práctica y eficiente. De hecho, una forma de medir la salud, en nuestra sociedad contemporánea, es el grado en que un individuo está adaptado a su medio. Se juzga a la gente desde un ángulo pragmático, por la manera en que se relaciona

con el medio o se maneja con el mundo cotidiano de la forma y la materia. En los casos extremos, este juicio puede asumir características sumamente rígidas y materialistas. Alguien que tenga dos coches en su garaje debe ser mejor que el que no tiene más que uno. Se juzga a la persona por su posición y el lugar que ocupa en el mundo, se la valora si tiene un buen trabajo o si es de buena familia. Estas cosas tangibles son lo que más importa a la mentalidad pragmática.

A los que tienen una subpersonalidad fuertemente pragmática les preocupa más *lo que es* que *el porqué es*. La tierra, Virgo, Géminis, Saturno, Mercurio, las casas tercera y sexta, corresponden también a la actividad del cerebro izquierdo, por oposición al misticismo del cerebro derecho. El cerebro izquierdo reúne hechos, los divide, encasilla, analiza y etiqueta.

Entre la gente de tendencia pragmática se encuentran buenos administrativos, investigadores y funcionarios públicos. Les gusta ver que sus esfuerzos tienen resultados concretos y tangibles. La subpersonalidad pragmática ve la realidad en términos de «yo aquí dentro» y «tú allí fuera». Les gusta tener las cosas calculadas, divididas en partes, y ver cómo funciona todo. Si uno sabe cómo funciona algo, puede sacarle partido, o mejorarlo si es necesario. En su aspecto positivo, la subpersonalidad pragmática puede manejarse bien con el mundo cotidiano y acumular logros diversos. Puede tener y captar ideas, ponerlas en acción y llevarlas a cabo. Sin embargo, una de las principales deformaciones de esta subpersonalidad es creer que «si yo no lo veo, no existe». En algún momento de su vida, las personas con esta orientación pueden sufrir lo que se llama una crisis existencial. Tienen éxito, en un sentido práctico y material; tienen el trabajo, la casa, la familia, pero no saben lo que significa todo eso. Durante una crisis existencial, es probable que se pregunten de qué les sirve, o para qué están en el mundo.

Si han captado ya la imagen de este aspecto, quisiera comparar el enfoque del pragmático con la visión del místico. Ante todo, ¿a qué signos, planetas o casas adjudicarían ustedes el lado místico?

Oyente: A Neptuno, Piscis y la casa doce. Todos ellos tienen que ver con la disolución de límites y con la trascendencia del yo.

Howard: Sí, eso es. ¿Y qué otros significadores místicos hay?

Oyente: ¿Pueden ser Júpiter, Sagitario y la casa nueve?

Howard: Sí, Júpiter, Sagitario y la casa nueve tienen mucho que ver con la búsqueda de significado en la vida y con los viajes que tras-

cienden los límites de lo cotidiano y lo terrenal. La casa nueve lleva consigo la búsqueda de respuestas a los porqués y otros interrogantes de la existencia. Permítanme que me extienda un poco más sobre el tipo de subpersonalidad mística.

El cerebro derecho se asocia con las casas nueve y doce, con Júpiter y Neptuno. El cerebro derecho ve totalidades. Se le puede mostrar un conjunto aleatorio de puntos, y es capaz de conectarlo visualmente formando una imagen. Marilyn Ferguson, la autora de *La conspiración de Acuario*,¹³ resumió en forma muy sucinta la distinción entre los cerebros derecho e izquierdo: «El cerebro izquierdo toma instantáneas, el derecho filma películas.»

Los tipos místicos (casas doce y nueve, Júpiter, Sagitario, Neptuno, Piscis) viven con frecuencia en el dominio de las posibilidades. Quien tenga acentuados estos emplazamientos puede tener una subpersonalidad mitómana del tipo Walter Mitty: son personas que se pasan la vida soñando con fantasías de gloria y heroísmo. Los místicos van en pos de lo inefable, en busca de experiencias cumbre, una tras otra. No les gustan las realidades terrenales de la vida cotidiana. Quieren las alturas, la fascinación, lo ultraterreno; no les interesa fregar los platos ni pagar la cuenta del gas. Lo que buscan es el conocimiento supremo, que los libere de la esclavitud. Quieren verse arrebatados hacia otra dimensión. Necesitan espacio y libertad para expandir su conciencia y aventurarse en mundos diferentes y extraños. Para ellos es anatema la restricción, el verse limitados o atados. Una de las principales deformaciones del místico es creer que para llevar una vida espiritual hay que alejarse del mundo e irse a vivir a una montaña, porque creen que el misticismo es incompatible con un trabajo de nueve a cinco. Otra, relacionada con ésta, es creer que la espiritualidad exige la destrucción del ego, la abolición de toda individualidad.

Así como el pragmático puede sufrir una crisis existencial, el místico puede pasar por lo que llamamos una crisis de dualidad. Es lo que sucede cuando alguien lleno de ambiciones espirituales, ideales de unidad y amor supremo, e imágenes de sí mismo como un ser amante e iluminado, se encuentra de pronto con que sería capaz de matar a cualquiera que lo llame por teléfono o lo moleste en mitad de una meditación. Sufren por la diferencia existente entre el lugar donde ellas creen que deberían estar, y el lugar donde efectivamente están. O sienten que hay un enorme abismo entre sus ideales y lo que sucede en lo profundo de sí mismas.

Sobre el pragmático se cierne la amenaza de una invasión de lo místico, que le hace temer la pérdida de sus límites, la posibilidad de sentirse informe. El místico, en cambio, teme encontrarse atrapado

en la prisión de las preocupaciones materiales o las mezquinas trivialidades diarias. Pero, en realidad, el místico y el pragmático se necesitan. La personalidad de todos los días es el vehículo mediante el cual se expresa la conciencia superior. El místico tiene una visión y una imagen más amplias, en tanto que el pragmático tiene la capacidad de hacer descender esa visión a la tierra y de darle una dimensión práctica. El místico quizá tenga poderes curativos, pero quien conoce las técnicas que le permitirán canalizarlos es el pragmático. ¿Ven ustedes a qué me refiero? Si los consulta alguien que tenga este problema, la manera de trabajar con él es hacer que se dé cuenta de que las dos partes se necesitan. El místico puede hacer que la vida tenga más sentido para el pragmático, y éste puede ayudar al místico a cumplir sus objetivos. No aceptar al pragmático equivale a no querer ser un individuo diferenciado, a no querer crecer, a decir que no a la vida.

Si tienen ustedes un cliente que sienta esta escisión místico-pragmática, o si la perciben en ustedes mismos, pueden probar la técnica siguiente. Dispongan tres sillas en la habitación. Hagan que una silla sea la del pragmático, otra la del místico y la tercera la del observador. Siéntense en la silla del pragmático y hablen desde allí; digan todo lo que él cree y los valores que defiende. Después, pásense a la silla del místico y hablen desde allí. Pueden cambiarse de una a otra silla, de modo que los dos mantengan un diálogo o una discusión. Después, sentados en la silla del observador, coméntenles a los dos cómo podrían entenderse mejor o llegar a alguna síntesis. Quizá todo esto les parezca una tontería, pero es un ejercicio que he hecho a menudo, y que ayuda muy eficazmente a delimitar estas dos posiciones. Es decir, que si alguien tiene el Sol en Virgo, la Luna en Capricornio y a Piscis en ascenso, con Júpiter en el ascendente, puede hacer la prueba. También le servirá a quien tenga el Sol en Tauro en la casa dos, con seis planetas en las casas nueve y doce.

Oyente: Creo que los pragmáticos se preocupan más por los pequeños detalles.

Howard: Sí. Supongamos que alguno de ustedes tiene que dar una conferencia. El pragmático (por ejemplo, un Géminis o un Virgo fuerte, o alguien con emplazamientos en las casas tercera o sexta) se empeñará en escoger hasta la última palabra antes de empezar a hablar. En cambio, es posible que el místico (más acentuación en las casas nueve y doce, Júpiter y Neptuno) piense que si lo deja todo librado a la noche, el cosmos se ocupará seguramente de que, llegado el momento, él encuentre las palabras justas. El místico puede estar

Cuadro 1. Las estructuras de subpersonalidad

Tipo	Impulsos básicos	Signos	Planetas	Casas	Elementos	Deformaciones
Amoroso	Fuerte necesidad de pertenencia, de relacionarse y ser aceptado. Sensible y receptivo frente al medio.	Se construye en tomo de emplazamientos en Cáncer, Libra y Piscis.	Se construye en tomo de una Luna, Venus o Neptuno prominente.	4a., 7a. o 12a. fuerte	Acentuación en los signos de agua	Demasiado preocupado por lo que piensan los otros. Falta de diferenciación. Dificultad para establecer límites.
Voluntarioso	Manifiesta ansias de poder y de autoexpresión; «tú te adaptas a mí».	Se construye en tomo de emplazamientos en Aries, Leo, Escorpio, Capricornio y Acuario (también Tauro y Sagitario).	Se construye en tomo de un Sol, Marte o Urano (también Júpiter, Saturno o Plutón) prominente.	1a., 5a. o 10a. fuerte	Acentuación en los signos de fuego	Adicción al poder; egoísmo; exceso de competitividad; excesivamente controlador; límites demasiado estrictos.
Cambiante	Movido por una necesidad de progreso, transformación y cambio.	Se construye en tomo de un Mercurio, Júpiter, Urano o Marte prominente.	3a., 9a. o 11a. fuerte	Acentuación principalmente en fuego y aire	Tendencia a cambiar por cambiar; excepcionalmente temeroso de los límites y limitaciones.	

Cuadro 1. Las estructuras de subpersonalidad (continuación)

Tipo	Impulsos básicos	Signos	Planetas	Casas	Elementos	Deformaciones
Conservador	Fuerte necesidad de consolidar y retener; deseo de afianzar, anclar, conservar y mantener.	Se construye en torno de emplazamientos en Capricornio y Tauro (también Cáncer y Virgo).	Se construye en torno de un Saturno fuerte.	2a., 4a., 6a. o 10a. fuerte	Acentuación en los signos de tierra	Terquedad e inercia; exceso de convencionalismo; mantiene el status <i>quo</i> por temor a lo desconocido.
Místico	Intenta huir de lo terrenal, lograr la trascendencia y la expansión espiritual; regido por el cerebro derecho.	Se construye en tomo de emplazamientos en Sagitario y Piscis (también Acuario)	Se construye en tomo de un Júpiter o Neptuno fuerte (también Urano).	9a., 1 la. o 12 a. fuerte	Acentuación principalmente en fuego y agua	Para ser espiritual hay que «apartarse» o «destruir el ego»; exceso de sueños, vida en el ámbito de las posibilidades, sin arraigo suficiente.
Pragmático	Manifiesta una necesidad de establecer límites y trazar distinciones; capacidad para manejarse prácticamente con el medio; regido por el cerebro izquierdo.	Se construye en tomo de emplazamientos en Tauro, Virgo y Capricornio (a veces Géminis).	Se construye en tomo de un Saturno prominente, o de un Mercurio fuerte en tierra.	2a., 3a., 6 a o 10a. fuerte	Acentuación principalmente en los signos de tierra.	Excesivo apego a la tierra, sin visión suficiente; carencia de una visión general de la vida. «Si no puedo verlo, es que no existe.»

tan «arriba» que tropiece con los muebles. Y la visión del pragmático puede ser tan estrecha que no alcance a abarcar la totalidad del cuadro.

Yo tengo muchos clientes con este dilema. En algunos casos, vienen un año a verme y sólo hablan de cómo quieren alcanzar la iluminación, apartarse del mundo y pasar todo el tiempo meditando. Al año siguiente, me dicen que lo único que les interesa es ganar mucho dinero y conseguir cierta seguridad. El cuadro 1, en las páginas 220 y 221, resume algunas de las estructuras de subpersonalidad y sus posibles significadores astrológicos, tal como hemos visto.

La cabeza, el corazón y el vientre

El año pasado estuve trabajando con la idea de que la vida se puede vivir en tres niveles diferentes: el de la cabeza, el del corazón y el del vientre. Helen Davis, una psicoterapeuta londinense, me impulsó a pensar en este sentido. Las subpersonalidades pueden formarse a partir de la cabeza, del corazón o del vientre. Ahora lo explicaré con más claridad.

Cualquier cosa que suceda dentro o fuera de nosotros puede ser vivenciada en estos niveles diferentes. Supongamos, por ejemplo, que uno había quedado en encontrarse con alguien y que, después de una hora y media de espera, ese alguien todavía no ha aparecido. Uno puede encarar esta situación desde la cabeza. La cabeza puede tratar de entender lo que sucede: uno se fija en su agenda para ver si no se equivocó de lugar o de hora. La cabeza puede buscar algún tipo de referencia conceptual que le permita entender lo que está pasando. Puede, incluso, pensar que la razón de que esa persona no haya aparecido es que uno tenía que hacer alguna otra cosa ese día. Acuario, Géminis, Libra y Sagitario son signos «de la cabeza», que procuran entender las cosas o ver su significado. En torno de estos signos pueden consolidarse las subpersonalidades de tipo cerebral. También Virgo y Capricornio son, en parte, de la cabeza, porque procuran encontrar sentido a las cosas como una manera de mantener el control sobre sus sentimientos.

Pero también uno puede interpretar desde el corazón el hecho de que lo dejen plantado. Y entonces se entristece porque la persona no ha venido, y se inquieta por la posibilidad de que no esté bien: «Espero que no le haya sucedido un accidente mientras venía hacia aquí... qué horror, sería por mi culpa.» También puede ocurrir que, ya de vuelta en casa, el corazón escriba un poema sobre lo triste que es la vida, hablando, por ejemplo, de «dos barcos que sin verse se

cruzan en la noche». El corazón universaliza su emoción, siente la tristeza y el intenso patetismo de todo, se da un banquete sentimental e incluso, quizás, llega a regodearse en el sentimentalismo. Cáncer, Piscis y Leo son signos ligados con el corazón, y en torno de ellos pueden construirse subpersonalidades muy relacionadas con él.

Pero, ¿y qué nos pasa en el vientre? ¿Qué sentimos, en un nivel visceral, si alguien a quien realmente queríamos ver nos ha tenido más de una hora y media esperando? Y además, afuera está lloviendo. El vientre se revuelve y agita. Uno no puede evitar que se le revuelvan las tripas... esa es la respuesta innata y visceral del cuerpo cuando le fallan y lo desilusionan. Nuestro lado instintivo puede pensar: «Lo odio, lo mataría... ¿cómo es posible que me haga algo así? Ya se lo haré pagar cuando volvamos a vernos.» Y el vientre también puede estar revuelto por otras veces en que a uno le han fallado en la vida, como aquélla, cuando tenía cuatro meses y berreaba en la cuna desesperadamente para que mamá viniera y ella no venía. La situación actual puede movilizar cualquier ocasión de la vida en que uno se haya sentido traicionado, haya estado esperando y lo hayan dejado colgado. Yo asocio a Escorpio, Aries y Tauro con la energía del vientre en su forma pura. Cáncer es una mezcla de corazón y vientre. Capricornio, una mezcla extraña de vientre -con fuertes sentimientos viscerales- y cabeza, que intenta racionalizar, entender y sujetar. Las subpersonalidades con fuertes reacciones viscerales pueden consolidarse alrededor de estos signos, o si, por ejemplo, Plutón está en un ángulo o en conjunción con la Luna.

Una mujer que vino a verme era Géminis con ascendente Virgo. Ahí tienen ustedes una cabeza fuerte, una persona que procura ser comprensiva, racional y cerebral. Pero tiene también una t-cuadrada en la que participan la Luna en los últimos grados de Cáncer en cuadratura con una oposición de Marte en los primeros grados de Escorpio con Júpiter a comienzos de Tauro. El hecho de que la Luna esté en cuadratura tanto con Marte en Escorpio como con Júpiter en Tauro hace pensar en un lado fuerte, visceral y reactivo. Mi cliente seguía a un maestro espiritual y vivía en una comuna. Durante años había sofocado algunos de sus sentimientos viscerales más profundos, porque pensaba que *debía* ser más comprensiva y tener más compasión. Por eso poseía una subpersonalidad centrada en la tendencia a la comprensión, típica de Géminis y Virgo, y otra -más reprimida, colérica y reactiva- que se centraba alrededor de la t-cuadrada. Había sofocado la subpersonalidad más instintiva, y ahora le estaban tratando unos fibromas: durante todos esos años, algo había crecido y se había enconado en su interior, por más que ella se empeñara en ser comprensiva.

Esto no quiere decir que tengamos que actuar impulsivamente y desatar sobre el mundo nuestras subpersonalidades viscerales, sino que es necesario que las aceptemos y que encontremos el modo de trabajarlas. Hace unos meses, en la televisión hubo una buena obra, *Duet for One* [Dúo para uno], que ejemplifica lo que quiero decir. El personaje central, interpretado por Frances de la Tour, era una violinista aquejada de esclerosis múltiple, cuyo marido le sugería que se pusiera en terapia. La obra se refiere a sus sesiones con el analista. En la primera sesión, ella entra en una silla de ruedas, en la que se mantiene muy erguida. Se muestra desde una subpersonalidad muy adulta; está centrada en la cabeza, y lo tiene todo calculado. Dice que ya sabe que estar enferma y no poder seguir tocando el violín es algo horrible, pero ella ya lo tiene todo claro: sacará el mejor partido posible de la situación, tomando alumnos de música y ayudando a su marido en su trabajo. Con eso conseguirá dar sentido a su vida.

Por un segundo, uno se admira de lo noble y madura que es, de su integridad para enfrentar las cosas. Pero el analista no se lo cree. Durante cuatro o cinco sesiones, se dedica a demolerla, hasta que en la quinta sesión la mujer se desploma en el suelo, rebelándose y quejándose desesperadamente de su estado. Ha emergido una subperso-

nalidad colérica y muy herida, que clama también por otra época, cuando tenía nueve años y su padre no le dejaba tocar el violín por que tenía que ir a trabajar a una fábrica de chocolate o algo así. Está aflorando la furia por todas las veces que en su vida se vio bloqueada o impedida.

Lo que el analista hace ahora es interesante. En el momento en que ella está más destruida, desmoronada y fuera de control, cuando más dominada se encuentra por su colérica y frustrada subpersonalidad visceral, interviene, diciendo:

-Muy bien, ahora vamos a hablar de aquello de tomar alumnos y ayudar a su marido.

Con eso la lleva de vuelta a la decisión que ella había tomado, cerebralmente, al comienzo de la terapia; pero sólo ahora, después de haber entrado en contacto con la subpersonalidad colérica y su frente que lleva muy adentro, la mujer ha liberado la energía necesaria para poner en marcha sus proyectos. Hasta entonces, estaba usando la subpersonalidad centrada en la cabeza como una manera de eludir el enfrentamiento con sus sentimientos más profundos. Toda su energía estaba puesta al servicio de la represión de sus sentimientos, y no le quedaba ninguna disponible para seguir avanzando. Sólo después de haber establecido contacto con sus sentimientos viscerales más profundos, y de haberlos reconocido, podía tener algo que cambiar, podía tener energía para ponerla en otras cosas.

Establecer contacto con las subpersonalidades frustradas y coléricas no significa actuarlas, sin tener conciencia de ellas, en la relación con otros. Significa llevarlas a la luz, mirarlas, estar con ellas dentro de uno mismo, aceptarlas y controlarlas hasta que estén listas para cambiar. No se puede transformar nada que uno condene o niegue, de modo que lo primero es la aceptación. Si uno se limita a actuar sus sentimientos negativos, puede quedarse atascado en ellos. Entre vivirlos en forma descontrolada y suprimirlos, la alternativa es aceptarlos y sacarlos a la luz. Quizá no parezcan muy agradables, pero una vez aceptadas, existe la posibilidad de que se pueda aprovechar la energía contenida en esas subpersonalidades, canalizándolas en alguna otra dirección. Recuerden que sólo cuando Hércules saca a la Hidra del pantano y la expone a la luz del día, el monstruo pierde su poder y se transforma en una joya. No estoy seguro de que seamos capaces de eliminar *todo lo* que llevamos dentro de oscuro o negativo, ni de liberarnos de ello, pero una vez que lo hayamos aceptado y reconocido, quizá podamos transformarlo. O, por lo menos, pensar en establecer con ello una relación mejor. Todos tenemos que aceptar la muerte como parte de la vida. No podemos cambiar el hecho de que un día tenemos que morir, pero podemos ir elaborando nuestra actitud hacia la muerte.

El trabajo frente al juego

Podemos también encontrarnos con ciertas subpersonalidades que son trabajadores compulsivos, las que en inglés se llaman coloquialmente *workaholics* -en castellano podríamos llamarlos «trabajólicos»-. Según mi experiencia, estas subpersonalidades, que se centran en torno de emplazamientos en la casa sexta o la décima, o bien allí donde hay una fuerte acentuación de Saturno, Virgo o Capricornio, pueden entrar en conflicto con otras que quieren jugar. Pueden formarse subpersonalidades «juguetonas» en torno de Júpiter en un signo de aire o de fuego, o de un emplazamiento fuerte de Sagitario. Yo tengo este dilema, entre un trabajador compulsivo y un perezoso irremediable. Mi trabajador compulsivo se estructura en torno del ascendente Capricornio, de Escorpio en el medio cielo y de una conjunción Marte-Saturno-Plutón, y contrasta con el perezoso, que está centrado en Júpiter en Sagitario, que forma el asa de mi configuración planetaria en cubo. Yo soy capaz de estar trabajando duro y de preguntarme a la vez: «Por qué no estaré en la playa bebiéndome un campari con limón?» Pero cuando llego a la playa, pienso que debería haberme llevado algún libro para seguir trabajando.

intimidad?

Oyente: ¿Cree que una quinta casa fuerte también puede dar energía para el juego?

Howard: Sí, creo que podríamos añadir eso. A la quinta casa le gusta jugar. Además, he notado que algunas personas que tienen a Venus o a Júpiter en la casa once pueden dilapidar el tiempo en el torbellino del jugueteo social.

Oyente: Yo tengo a Venus en ascenso en Libra, y me encanta perder el tiempo.

Howard: Sí, hay algunos emplazamientos fuertes de Venus que pueden dar una subpersonalidad de tipo juguetón.

Yo intento compartir mi tiempo con esas dos subpersonalidades. Cuando estoy trabajando, le digo al holgazán que no se preocupe, que ya le llegará el turno porque pronto me tomaré una semana de vacaciones y no haré nada. Y cuando me tomo un descanso, para tranquilizar al trabajador compulsivo, le aseguro que no me he olvidado de él y que la semana siguiente haré horas extra para ponerme al día con el trabajo.

El dilema libertad-intimidad

Esta es una variante muy común del dilema entre el amor y la voluntad, y entre la conservación y el cambio. Casi todas las personas a quienes se la menciono pueden sentir su relación con estas dos tendencias contrastantes. Una subpersonalidad, o una parte de la persona, quiere libertad, independencia, aventura, experimentación, mientras que hay otra parte u otra subpersonalidad que va en pos de la estabilidad, la compañía, la intimidad y la seguridad junto a otra persona. ¿Dónde creen que aparecen las necesidades de libertad?

Oyente: Esto es similar a los emplazamientos del cambio. Aries, Géminis, Sagitario y Acuario necesitan mucho espacio y libertad. Mercurio necesita variedad, y a Júpiter y Urano puede inquietarles lo ya conocido.

Howard: Sí, exactamente. Mucho fuego y mucho aire mostrarán esa tendencia... y quizá también una casa primera o una novena fuerte. Asimismo la tres y la once necesitan una diversidad de experiencias. ¿Qué emplazamientos relacionarían ustedes con la necesidad de

Oyente: Los primeros que se me ocurren son Tauro y Cáncer, pero también la Luna y Venus.

Howard: • Sí, todos ellos tienen una fuerte necesidad de relación y de intimidad. También la tierra y el agua necesitan de ese tipo de seguridad. Lo mismo pasa cuando las casas cuarta y séptima son fuertes. Y es frecuente que Escorpio y la casa ocho necesiten también relaciones intensas, que los consuman. ¿Se les ocurre alguna configuración en la carta que acentúe este dilema?

Oyente: Tal vez si alguien tuviera a Venus en cuadratura con Urano. Una parte querría intimidad y contacto, pero a la parte de Urano le gustan el espacio y la independencia.

Howard: Sí. ¿Qué otras?

Oyente: Algo así como la Luna en Tauro en cuadratura con Venus en Acuario. Tauro quiere seguridad, y a Acuario le gusta probar cosas diferentes.

Oyente: Yo tengo el Sol en Sagitario en quincuncio con la Luna en Cáncer, y siento muy intensamente este conflicto. Mi parte Sagitario quiere estar libre para viajar, y a mi Luna en Cáncer le gusta quedarse en casa con mi pareja. Y como él es un Aries con ascendente Cáncer, me imagino que tiene el mismo problema.

Howard: Tal vez tendrían que decidirse a vivir en una caravana, o en un barco. Entonces, al mismo tiempo, podrían tener su hogar y viajar.

Vamos a examinar más a fondo uno de estos emplazamientos. Imagínense una mujer con Venus en quincuncio con Urano. El lado venusino quiere una relación de intimidad, en tanto que quizás el lado de Urano se resista a dejarse encasillar en una relación convencional. Es muy frecuente, frente a un conflicto así, que tomemos partido por uno de los extremos y neguemos el otro, de modo que esta mujer podría identificarse con su necesidad de intimidad y contacto, y negar lo que tiene de uranio. Pero recuerden lo que decía Jung, que todo lo que negamos en nosotros mismos nos lo atraemos desde el exterior, y le llamamos destino. Entonces, al identificarse ella con su parte de Venus, y negar la de Urano, ¿qué sucede?

Oyente: Que atrae a alguien uranio que no quiere dejarse atar.

Howard. Sí, consciente o inconscientemente escogerá a alguien que en algún momento puede dejarla plantada. O en todo caso, a alguien que no quiera algo demasiado convencional, y de esa manera, se verá obligada a llegar a un acuerdo con Urano. Parece que todo esté afuera, pero no lo habría atraído sobre sí a menos que lo llevase dentro. Supongamos que su pareja uraniana hace las maletas y se va. Ella puede pasar por un difícil período de soledad, pero cuando descubra que le gusta tener libertad e independencia, se pasará al lado de Urano, querrá defender su espacio individual y se propondrá no volver a comprometerse tanto. ¿Qué puede suceder, llegada a este punto?

Oyente: Que conozca a alguien con puros rasgos de Venus o de Cáncer o algo así, y desee entonces una relación duradera y un tibio nido de amor.

Howard: Sí, como se ha identificado con Urano, la vida le trae a Venus. Esperemos que, pasado un tiempo, pueda alcanzar cierto equilibrio e identificar el conflicto que tiene con sus necesidades de intimidad y libertad. Le resultaría más fácil si encontrara a alguien con un dilema similar, alguien que fuera capaz de despertarse a la mañana y preguntarle afectuosamente cómo se siente ese día... si necesita la independencia de Urano, o está ávida de que la abracen y la mimen. En una relación así, se necesita una considerable madurez por parte de ambos miembros de la pareja para aceptar amablemente, sin montar un número por ello, que hay veces en que la otra persona preferiría un poco menos de intimidad y un poco más de independencia.

Críticos y saboteadores

Quisiera mencionar otras subpersonalidades comunes que conviene tener en cuenta. Primero la del crítico o el juez: uno puede criticar a otros o, como generalmente sucede, autocriticarse. Es una actitud que se relaciona con el concepto freudiano del superyó: uno *debería* o, más que debería, *debe*... Es como llevar sentado sobre los hombros a alguien que continuamente va comentando lo que uno hace. Su frase favorita es: «Siento decírtelo, pero eso no está demasiado bien.» Un Saturno fuerte - por ejemplo, en la casa uno, en el ascendente, en el MC o en el IC, o en conjunción con la Luna o el Sol, etcétera- puede dar origen a una subpersonalidad crítica. También puede darse con un

emplazamiento fuerte en Virgo, o con emplazamientos fuertes en la sexta casa. El crítico puede formar equipo con la subpersonalidad saboteadora, y entre los dos no dejarlo a uno llegar a ninguna parte.

Cada vez que empieza a hacer algo, el saboteador pone en marcha al crítico, y lo paran a uno en seco desde los primeros pasos.

¿Cómo se trabaja con el crítico? Cuando mi subpersonalidad crítica hace su aparición, me doy por enterado de su presencia, y después le pido que tenga la amabilidad de irse. Le recuerdo que nadie puede hacer nada perfecto desde el comienzo, que todo consiste en un proceso de creación y adaptación, reiterado y continuo. Es cierto que trato de ver si el crítico puede ofrecermé algún buen consejo, pero lo más frecuente es que me las haga pasar canutas simplemente porque eso le divierte.

El crítico -o el juez- puede ser la voz de alguno de los padres (o de ambos), que uno internalizó de pequeño. El saboteador, en cambio, es alguien que tenemos dentro y a quien le gusta frustrarnos. Al saboteador no le agrada ver que uno tenga éxito, ni que pueda hacer nada que lo haga sentir bien consigo mismo. Llega casi a decirle que no tiene derecho a ser alguien ni a tener lo que quiere. El saboteador se especializa en hacer que uno esté en el lugar justo y en el momento justo para que le suceda algo *malo*: es una *sincronicidad negativa*. Las conexiones que, según mi experiencia, se relacionan más estrechamente con el saboteador tienen que ver con Piscis, Neptuno y la casa doce. Isabel Hickey solía decir que si uno abusa de un planeta en la casa doce, se está preparando su ruina. Pero yo lo veo también de otra manera. El principio de Piscis como tal (lo mismo que Neptuno y la casa doce) tiene relación con la renuncia a los vínculos y la superación del sentimiento de ser un individuo aparte. La deformación consiste en sentir que uno no puede tener nada de lo que quiere, o que debe sacrificar lo que quiere. De tal manera, cada vez que está a punto de alcanzar algo que desea, uno mismo se hace la zancadilla y vuelve a encontrarse en cero, o sea en la indefinición inicial. Hay un sentimiento de culpa generado en el logro de lo que uno quiere o en el hecho de hacer algo por lo cual uno se siente especial o distinto, porque otra parte de uno le está diciendo: «Quién eres tú para sentirte distinto y especial, si realmente tu verdadera naturaleza es ilimitada.» (Las subpersonalidades de la víctima y el mártir son primas hermanas del saboteador.)

Para todo esto hay una respuesta simple, algo que se puede tratar de decirle al saboteador: *La universalidad no excluye la individualidad*. Piénsenlo. En un nivel somos seres infinitos, ilimitados y universales, y sin embargo, en otro tenemos una identidad discreta y separada. Es tan necesario cultivar nuestra individualidad y trabajar sobre ella, como sobre esa otra parte que está en unidad con el todo. Nuestro

pequeño ser cotidiano tiene sus necesidades y sus deseos. Hay demasiada gente que intenta convertir su personalidad en «el Ser superior». Demos al yo lo que es del yo, y al Ser superior lo que a El pertenece.

El niño interior

Todos tenemos subpersonalidades infantiles. Puede haber el niño herido o el niño asustado. Si descubren ustedes que llevan dentro un niño herido o asustado, tómense tiempo para hablar con él y ofrecerle amor. Tranquilícenlo, pregúntenle por sus deseos y necesidades. Ofrézcanle algo que le guste. Acaríciénlo. A medida que le den todo eso, el niño herido irá fortaleciéndose y adquiriendo confianza, y se gustará más a sí mismo.

En Análisis Transaccional se habla del Niño Adaptado. ¿Recuerdan a Kathleen la Buena? Ella era una niña adaptada. Para asegurarse amor, se conformaba a lo que suponía que deseaban sus padres que fuera. Pero además está el niño sano, el niño natural... esa parte de nosotros perpetuamente infantil, espontánea, inocente y abierta ante la vida. Y de esa criatura jamás debemos liberarnos.

Meditación guiada: un trabajo sobre las subpersonalidades

Hagamos ahora un ejercicio.

1) Cierren los ojos para entrar en su propio espacio interior. Usen la respiración para aflojar cualquier tensión que puedan sentir, pero no se esfuercen por alejar las ideas o los sentimientos que aparezcan; simplemente, déjenlos estar.

2) Imagínense que es verano, y que están en una pradera o en un campo. No importa si es algo imaginario o ya lo conocen. Miren a su alrededor, observen los detalles. Vean la hierba, aspiren el aroma de

las flores, escuchen todos los sonidos. Dediquen a esto medio minuto.

3) Ahora miren más lejos: a la distancia se ve una casa. Hay un camino que conduce hacia ella. Vayan recorriéndolo. Al acercarse, ven que sobre la puerta hay un cartel que dice «Casa de las subpersonalidades».

4) Deténganse ante la puerta y fíjense cómo es la casa por fuera. ¿Cómo son las puertas y las ventanas? ¿Es tranquila o ruidosa? ¿Está bien cuidada o abandonada? Tómense unos breves momentos para observar la casa.

5) Ahora, retrocedan un poco e inviten a tres de sus subpersonalidades -tres aspectos de ustedes mismos- a que salgan de la casa. Háganlas salir para hablar con ustedes. No importa qué forma tengan; pueden ser animales, figuras extrañas o meras formas.

6) Dejen que las tres subpersonalidades se muestren y obsérvenlas durante un rato. ¿Cómo se relacionan entre sí?

7) Concentren la atención sobre una de estas subpersonalidades. Escojan la que tenga más interés para ustedes, y pidan a las otras dos que se vuelvan a la casa. Ahora sólo están juntos cada uno de ustedes y esa subpersonalidad, la que han escogido.

8) Mantengan una conversación o un diálogo con esa parte de ustedes. Escuchen lo que tenga que decirles. Pregúntenle qué es lo que necesita de ustedes y qué es lo que tiene para ofrecerles. ¿Hay algo que quieran decirle? Díganle lo que sienten respecto de ella. Les daré unos minutos para esta parte del ejercicio.

9) Ahora, pregúntense cómo se manifiesta en su vida esta parte de ustedes. ¿En qué momentos cobra vigencia?

10) Ahora, sean esa parte de ustedes mismos, métanse en ella. Vean cómo se siente uno cuando se convierte en esa subpersonalidad. ¿Qué sentirían al vivir toda su vida desde ese único ángulo? Cuando están en este «lugar», ¿qué es lo que realmente necesitan o tienen para dar? Dediquen unos cuantos minutos a ver todo esto.

11) Ahora salgan de esa parte, vuélvanse a donde estaban. De nuevo, vean frente a ustedes a esa subpersonalidad. ¿Qué sienten

ahora respecto de ella? ¿Hay algo que les gustaría decirle a esa parte?

12) Ahora despídanse de ella y dejen que se vuelva a la casa. (Si quieren, pueden volver a hablar alguna otra vez con ella.)

13) Si tuvieran que bautizar a esa parte de ustedes, ¿qué nombre le darían?

14) Cuando estén listos, vuelvan a «traerse» lentamente a este salón y escriban algo sobre la vivencia que tuvieron.

Ahora sepárense por parejas y, entre los dos, analicen su experiencia. Hablar de una cosa sirve para aclararla. Fíjense bien con qué partes de su carta natal se relacionan esa subpersonalidad y las otras dos. ¿Hay alguien que quiera compartir con el grupo lo que le sucedió en el ejercicio?

Oyente: Yo no sé qué hacer con mi subpersonalidad; me encontré con un hombre lobo rabioso, que quería matarme. Creo que se relaciona con Marte y Plutón en mi carta. He tenido cierto contacto con esta parte antes, pero en diferentes formas. Es como un loco totalmente insano, que quiere matar por matar. ¿Qué tengo que hacer con él?

Howard: Si una subpersonalidad aflora en la forma de un animal salvaje, por lo general significa que representa una energía que hay en nosotros y que aún tiene una forma primitiva. Primero, debe aceptar al hombre lobo como parte de usted. A veces es útil dibujar o pintar una subpersonalidad para poder profundizar la relación que uno tiene con ella. Si reprime esa parte, lo más probable es que no mejore en absoluto. Es la aceptación lo que permite que se dé el proceso curativo. Y aceptar no significa actuar esa parte de usted, sino establecer una relación con ella. Averigüe por qué está tan enojado el hombre lobo. Quizá tenga que fijarse en la parte de usted que es más salvaje, que está tan enojada que quiere matar. Piense cuánta energía hay encerrada en esa parte de usted, y en lo que podría hacer si la canalizara en forma constructiva. El hombre lobo necesita que se ocupen un poco de él. Déle a beber algo calmante, un poco de tila. Finalmente, si le presta atención, se calmará. Y hay otra técnica que puede ayudarlo: imagínese que usted va escalando una montaña con su subpersonalidad, y a medida que suben, manténgase en contacto con ella. Quizá podrá ver cómo el hombre lobo sufre cambios o transformaciones sutiles, e incluso que se convierte en algo completa

mente diferente. Cuando lleguen a la cumbre, mientras el sol los baña a ambos, deje que su subpersonalidad hable un poco más con usted. Si le da miedo subir la montaña a solas con ella, hágase acompañar de alguien más en quien confíe, y que pueda ayudarlo si hay alguna dificultad.

Oyente: Ah, sí... me olvidé de decir que también tengo una subpersonalidad que es una monja, y que llevaba atado con una trailla al hombre lobo.

Howard: Entonces, en usted hay dos lados, el de la monja y el del hombre lobo. Y ella lo sujeta con una trailla. ¡Sí que tienen una relación interesante! Pues yo haría que la monja también se calzara las botas y subiera la montaña con usted y con el hombre lobo. Al hacerle subir la montaña, reforzará su impulso arquetípico subyacente.

Oyente: En realidad, mi primer impulso fue tratar de envenenar al hombre lobo.

Howard: No creo que pueda ir muy lejos con ese método. Mejor déle sopa de pollo. O si al escalar la montaña encuentran un estanque de agua transparente, deténgase a beber con él. Es increíble lo que puede limpiar el agua.

Fue una imagen muy sustanciosa la suya. Si está en terapia, esa imagen puede dar lugar a un trabajo muy productivo con el terapeuta; de lo contrario, sería una buena idea encontrar a alguien con quien pudiera trabajar sobre esa subpersonalidad. Cualquiera de ustedes que tenga una subpersonalidad difícil puede recurrir a la técnica de escalar una montaña con ella.

Las subpersonalidades son como las personas: si las aceptamos, las escuchamos y las tratamos en forma comprensiva, se mostrarán más abiertas y generosas con nosotros. Y por debajo de todo ello, todas tienen un impulso o principio arquetípico natural y básico, que es parte de la gran ronda de la vida.

En algún ámbito transpersonal y superconsciente, en la vida hay lugar para todos los diferentes arquetipos. Hay un tiempo para amar y ser paciente, y un tiempo para ser voluntarioso y serio. Hay un tiempo para hacer cambios, y un tiempo para quedarse donde uno está. ¡Me estoy poniendo bíblico! En el nivel de la realidad cotidiana,

sin embargo, el yo -o la personalidad- se confunde respecto de cómo debe o no debe ser en un momento dado. Pero a pesar de eso, en su forma pura, todos los arquetipos son facetas vitales y necesarias de la vida. La carta astrológica nos ayuda a diagnosticar qué subpersonalidades pueden estar presentes, pero además el lenguaje simbólico de la astrología nos permite tener un atisbo de aquellos principios arquetípicos subyacentes más profundos que están en juego. El intento de eliminar implacablemente una subpersonalidad significa que podríamos perder contacto con ese principio arquetípico, y también con uno de los elementos que constituyen el rico entramado de la vida misma. Acepten esa subpersonalidad, y traten de ver cuál es el principio que aparece deformado en ella. La carta muestra la danza en que se traban entre sí los arquetipos en el momento del nacimiento. La vida es una única, gran danza.

Gracias por haber venido, y no se olviden de llevarse todas sus subpersonalidades cuando se vayan. ¡Recuerden que nadie anda solo jamás!